

Hijas e hijos míos queridísimos: ¡que, apiñados junto a nuestro amadísimo Padre, Jesús nos guarde!

- 1 Cuando ya se aproxima la Beatificación de nuestro Fundador, comienzo esta carta con el recuerdo vivo de la que os envié pocos días después del 26 de junio de 1975. En aquella ocasión, con dolor y entre lágrimas, aceptando plenamente la Voluntad de Dios; ahora, con el más rendido agradecimiento al Señor y a su Madre Santísima, y con una alegría tan grande que no parece de esta tierra. En aquella carta puse como título: *Nuestro Padre en el Cielo*; ahora, esa certeza que tuvimos desde el primer momento, porque habíamos visto con nuestros ojos, día a día, la santidad heroica de nuestro Fundador, es confirmada oficialmente por la Iglesia, que eleva a nuestro Padre a los altares.

Me atrevería a aseguraros que cada día se me hace más presente la figura de nuestro Padre, con toda la fuerza de su respuesta heroica a la Voluntad divina, concretada en cada una de las ocupaciones que llevaba a cabo. No me cuesta nada, por eso, revivir los momentos en que tomaba la pluma para escribir a sus hijas y a sus hijos: éramos —lo fuimos siempre— un motivo principalísimo de su entrega a Dios. Por tanto, sin miedo a exagerar, con la conciencia de que soy sólo la sombra de quien escogió el Señor para hacer la Obra, querría que vierais en mis palabras el eco de las estupendas enseñanzas de nuestro santo Fundador, y así recorramos de su mano esta aventura divina del Opus Dei a la que el Señor nos ha convocado.

Vienen a la cabeza las palabras del Salmo: **los que siembran en lágrimas, cosechan en alegría**¹. Hace diecisiete años, depositamos en la Cripta, con el alma rota, los restos mortales de nuestro Fundador; y próximamente, con inmenso gozo, pondremos esas amadas reliquias en el altar de Santa María de la Paz, nuestra iglesia prelatia, para la veneración nuestra y de todos los fieles, porque son las reliquias del cuerpo de un santo. Allí, cada vez que se renueve el Sacrificio del Calvario, *centro y raíz de nuestra vida*

1. Ps. CXXVI (CXXV), 5.

interior, nos recordarán siempre que **si morimos con Cristo, también viviremos con El**²: si somos fieles hasta la muerte, si nos entregamos totalmente al cumplimiento de la Voluntad divina, muriendo a nosotros mismos, entraremos como nuestro Padre en la gloria del Cielo.

2 **Non nobis, Domine, non nobis. Sed nomini tuo da gloriam**³: no a nosotros, Señor, no a nosotros; sino a tu nombre da gloria. Me parece estar oyendo a nuestro Padre: Deo omnis gloria!, ¡para Dios toda la gloria! Este es el sentido último de la Beatificación: proclamar la gloria de Dios, que se refleja en los santos, e impulsarnos a recorrer hasta el final el camino que lleva a la Trinidad Beatísima. Así nos lo enseña la Iglesia, en una espléndida oración de la Liturgia: **en verdad es justo darte gracias y deber nuestro glorificarte, Padre Santo, Dios todopoderoso y eterno, porque manifiestas tu gloria en la asamblea de los Santos, y al coronar sus méritos, coronas tu propia obra. Tú nos ofreces el ejemplo de su vida, la ayuda de su intercesión y la participación en su destino para que, animados por su presencia alen-**

2. Rom. VI, 8.

3. Ps. CXV (CXIII B), 1.

tadora, luchemos sin desfallecer en la carrera, y alcancemos como ellos la corona de gloria que no se marchita: por Cristo Nuestro Señor⁴. Meditemos despacio estas verdades, en la oración personal, y el Espíritu Santo nos ayudará a comprender mejor lo que representa la Beatificación de nuestro Padre y la llamada concreta que entraña para nosotros.

La gloria de Dios está, ante todo, en la infinita perfección de la Santísima Trinidad: es, con palabras de Juan Pablo II, «la plenitud de Verdad y de Amor en el contemplarse y donarse recíproco (y por tanto en la comunión) del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo»⁵. Pero Dios ha querido comunicar y manifestar su gloria creando el universo, como canta el salmista: **los cielos narran la gloria de Dios y el firmamento anuncia la grandeza de las obras de sus manos**⁶. Ha creado al hombre, nos ha creado a cada uno de nosotros, para que nos comportemos como intérpretes y portavoces de ese himno de gloria inscrito en nuestro ser y en toda la creación. Con el entendimiento y la voluntad, podemos conocer la Sabiduría divina, que se refleja como en un espejo en todas las criaturas, y podemos amar a Dios y unirnos a El, identificando

4. Misal Romano, *Prefacio de los Santos I*.

5. Juan Pablo II, *Discurso*, 12-111-1986, n. 3.

6. Ps. XIX (XVni), 2.

nuestra voluntad con la suya. Este designio divino, que da su verdadero sentido a la existencia humana, se ha cumplido plenamente en quienes han alcanzado la santidad. Por eso decimos, en la oración que os acabo de transcribir, que la gloria de Dios se manifiesta en los bienaventurados. La elevación de nuestro Padre a los altares es una gran fiesta: una fiesta de gloria a Dios que, al coronar los méritos de su siervo bueno y fiel, corona sus propios dones.

- 3 La Beatificación de nuestro Padre encierra, además, un significado especial, por la misión que Dios le confió el 2 de octubre de 1928: recordar a todos los hombres la llamada universal a la santidad, y proclamar que el trabajo profesional, los deberes familiares y todas las circunstancias de la vida ordinaria en medio del mundo, pueden ser medio de santificación y de apostolado: instrumento para informar la sociedad humana, desde dentro, con el espíritu de Cristo, y encaminar la entera creación a la gloria de Dios Padre.

*Hay un algo santo, divino, escondido en las situaciones más comunes, que toca a cada uno de vosotros descubrir*⁷. Esta fue la predicación constante de nuestro Padre: una invitación clara y

7. *Conversaciones*, n. 114.

exigente para reconocer la Sabiduría y el Amor divinos en todas las criaturas y en todas las circunstancias de la vida humana, y elevar así un canto de gloria a la Santísima Trinidad. Por eso, desde los comienzos de la Obra, expresaba de este modo la misión que Dios le confió: *hemos venido a decir, con la humildad de quien se sabe pecador y poca cosa* —homo peccator sum (Xuc. V, 8), *decimos con Pedro—, pero con la fe de quien se deja guiar por la mano de Dios, que la santidad no es cosa para privilegiados: que a todos nos llama el Señor, que de todos espera Amor: de todos, estén donde estén; de todos, cualquiera que sea su estado, su profesión o su oficio. Porque esa vida corriente, ordinaria, sin apariencia, puede ser medio de santidad*⁸.

Es tal la trascendencia de esta doctrina, que la Iglesia ha querido proclamarla solemnemente en el último Concilio y hacer de ella «la característica más peculiar y la finalidad última de todo el magisterio conciliar»⁹. Ahora, con la Beatificación de nuestro Padre, la Santa Iglesia se goza de nuevo al proponernos el ejemplo y la intercesión de quien, por misión

8. De nuestro Padre, *Carta*, 24-IIM930, n. 2.

9. Pablo VI, Motu proprio *Sanctitas clarior*, 19-11-1969: AAS 61 (1969) p. 150.

divina, ha predicado incansablemente esta verdad y la ha vivido hasta sus últimas consecuencias. Se goza de modo particular nuestra Madre la Iglesia porque su misión es conducir las almas al Cielo, y el mensaje y el ejemplo de nuestro Padre no se dirige solamente a unos pocos, sino a millones y millones de mujeres y de hombres hasta el final de los tiempos. Cobra especial relieve aquella indicación que escuché de labios del Santo Padre Pablo VI, cuando me recibió después de haber sido yo designado como sucesor de nuestro Padre: «recojan todos los recuerdos de Monseñor Escrivá, porque ahora son ya un tesoro que pertenece a toda la Iglesia», me señaló.

- 4 En cierta ocasión, con este anhelo de felicidad eterna que la criatura guarda en su corazón, preguntaron a Jesús: **Señor, ¿son pocos los que se salvan? El les contestó: esforzaos para entrar por la puerta angosta**¹⁰. El Maestro no responde directamente, pero enseña con claridad que no hay santidad sin lucha y sin heroísmo: **si alguno quiere venir en pos de mí, niegúese a sí mismo, tome su cruz y sígame**¹¹. Nos engañaríamos si pensásemos que, para alcanzar esa meta, es preciso realizar hazañas excepcionales a los

10. *Luc.* XIII, 23-24.

11. *Matth.* XVI, 24.

ojos humanos. Recordad cómo nuestro Padre resumía la *fórmula de canonización* que sale de los labios de Cristo. ¿Cómo recibe el Señor a los santos en la gloria? ¿Qué les reconoce? **Muy bien, siervo bueno y fiel; puesto que has sido fiel en lo poco, yo te confiaré lo mucho: entra en el gozo de tu señor** ¹². Nuestro Fundador ha sido un ejemplo luminoso de que la santidad heroica en la vida ordinaria no se queda en una bella utopía: está, con la gracia de Dios, al alcance de la mano: *¿Quieres de verdad ser santo? —Cumple el pequeño deber de cada momento: haz lo que debes y estás en lo que haces* ¹³. ¡Cuántas almas se llenarán de alegría por la Beatificación de quien ha escrito estas palabras, las ha vivido, las ha predicado y las continúa repitiendo desde el Cielo por su perenne actualidad!

Una llamada a la fidelidad

- 5 Hijas e hijos míos, ¿qué representa para nosotros la elevación de nuestro Padre a los altares? Ciertamente, una alegría enorme, pero también una gran responsabilidad. Me interesa señalarlos, para que no

12. *Ibid.*, XXV, 21.

13. *Camino*, n. 815.

quede como en segundo plano, una realidad evidente que está cargada de consecuencias: al beatificar a nuestro Padre, la Iglesia eleva a los altares al Fundador del Opus Dei. Esto, por una parte, nos confirma una vez más, de un modo *vivo*, en la certeza de que el espíritu de la Obra es camino de santidad; y, por otra, nos impulsa a recorrerlo fielmente hasta llegar, como nuestro Padre, a la gloria de Cielo.

Nuestro Fundador ha alcanzado la santidad porque ha cumplido la Voluntad de Dios. Y esa Voluntad consistió, para tan buen siervo del Señor, en fundar el Opus Dei y ser Padre de esta familia sobrenatural a la que tú y yo pertenecemos. El Señor le entregó el espíritu de la Obra para que lo hiciera vida de su vida y lo transmitiera a sus hijos, que vendrían a lo largo de los tiempos, como un padre comunica la vida a su descendencia. Y nuestro Fundador asumió esa paternidad *con la plena conciencia de estar sobre la tierra sólo para realizarla* ¹⁴.

Conservamos una antigua anotación suya, dirigida a su confesor el 22 de junio de 1933, en la que proponía aumentar aún más sus mortificaciones y penitencias. Con el temor de que quizá parecería un plan excesivo y que podría rebajarlo, le rogaba: *no dude*

14. De nuestro Padre, *Carta*, 6-V-1945, n. 23.

en aprobar. Mire que Dios me lo pide y, además, es menester que sea santo y padre, maestro y guía de santos ¹⁵. Ser *santo*, siendo *padre*, *maestro* y *guía de santos*, constituyen dos realidades inseparables en el querer divino. Meditad, pues, que la Iglesia, al proclamar oficialmente lo primero —que nuestro Padre ha alcanzado la santidad—, nos invita fuertemente a que se realice en nosotros lo segundo: nos pide que sigamos su ejemplo y sus pasos, con lealtad y fidelidad enterizas a nuestra vocación. Por eso, el próximo 17 de mayo debe representar un auténtico hito en nuestra lucha por la santidad, el inicio de una nueva etapa de fidelidad más plena y generosa a nuestra vocación.

- 6 En la Carta que os envié después de la marcha al Cielo de nuestro Padre, os comentaba que había llegado el momento de la fidelidad. Después, en septiembre de ese mismo año, al ser elegido para suceder a nuestro Fundador, os repetía lo mismo: fidelidad, fidelidad. Y en todos estos años no he hecho otra cosa que pedir al Señor y pedirlos a cada una y a cada uno que seamos fieles. Esta palabra lo resume todo, porque ser fieles a nuestra vocación es ser santos, amar a

15. De nuestro Padre, 22-VI-1933, en *Apuntes íntimos*, n. 1725.

Cristo con locura cada día mayor, contagiar ese amor a otras almas, y cumplir en todo la Voluntad de Dios, que nos ha llamado desde la eternidad para *ser* Opus Dei y *hacer* el Opus Dei.

Ahora, en este momento crucial de la historia de la Obra, ruego intensamente al Señor que todos sepamos entender que la Beatificación de nuestro Fundador representa, para cada una y para cada uno de nosotros, una nueva exigencia de fidelidad plena al espíritu que Dios le entregó y que ahora está en nuestras manos. Sus enseñanzas y su ejemplo son un tesoro que pertenece a toda la Iglesia, pero que se nos confía de modo especial a cada uno de nosotros. Al elevar a nuestro Padre a los altares, la Iglesia se adorna con un lucero brillante, y el Espíritu Santo se servirá de esa luz para guiar a multitud de almas por la senda de la identificación con Cristo en la vida ordinaria. No olvidemos jamás que esa tarea quiere realizarla especialmente a través de cada uno de nosotros, en quienes ha encendido el lucero de la misma vocación.

La intercesión de nuestro Padre

- 7 Muy pronto nos resultará familiar el título de *Beato* —que, como sabéis, significa *bienaventurado*,

feliz...—, aplicado a nuestro Padre: nos recordará constantemente dónde se encuentra la verdadera felicidad. A partir de entonces, los sacerdotes podrán celebrar Misas en su honor; rezar un Oficio divino compuesto en parte con palabras suyas, que se transforman así en oración oficial de la Iglesia por medio de sus ministros; su devoción será pública y no sólo privada, y en todos los rincones del mundo crecerá esa multitud de cristianos que acuden a la intercesión del Beato Josefmaría, para dirigir sus peticiones al Cielo.

En las tradiciones de piedad popular, que se han formado a lo largo de siglos, hay santos a los que se acude especialmente para conseguir una determinada gracia, la curación de una enfermedad, la solución de un problema... Me pregunto si no habrá también alguna gracia particular que distinga la devoción a nuestro Padre. Realmente, los miles de favores obtenidos a través de su intercesión, de los que hemos tenido noticia documentada, son de todo tipo. Abundan las conversiones, gracias relacionadas con el trabajo profesional y con la unidad de la familia, curaciones, y un género muy amplio y simpático que podríamos llamar: *cosas pequeñas*. De todos modos, yo pienso que hay una gracia que nuestro Fundador implora especialmente para nosotros; una gracia decisiva: *la fidelidad a la vocación hasta el fin*, ¡hasta el Cielo!

8 ¡Con qué fuerza y constancia suplicaba nuestro Padre al Señor la perseverancia para sus hijos, durante su vida en la tierra! A todas horas la pedía, sin descanso, desde los comienzos de la Obra. El 6 de enero de 1932, anotaba en sus apuntes personales: *Hice mi oración: quiero hacer constar que, entre otras cosas, postrado de bruces, con la frente en el suelo, he dicho: Jesús, que perseveren todos estos primeros, siguiendo la vocación como los Magos siguieron la estrella, despreciando los consejos de Herodes..., que no les faltarán* ¹⁶. En otra ocasión, formulaba este propósito: *Acordarme mil veces de todos, dispersos: ¡perseverancia!* ". Y otra vez más, entre muchas, rezaba así: *Madre nuestra, Spes, Sedes Sapientiae: San José —Padre y Señor—: Santos Angeles Custodios: os encomiendo a todos y a cada uno de los que pertenecen a la Obra de Dios, y me uno a sus intenciones, expongo sus particulares necesidades, y, de modo especialísimo, para todos —y para mí— pido el don de la perseverancia* ¹⁸.

Esta fue la petición constante que llevaba clavada en el alma. Cada vez que anotaba en sus *Catalinas*

16. De nuestro Padre, 6-1-1932, en *Apuntes íntimos*, n. 547.

17. De nuestro Padre, 9-1-1938, en *Apuntes íntimos*, n. 1475.

18. De nuestro Padre, 17-IX-1935, en *Apuntes íntimos*, n. 1821.

una nueva vocación, solía escribir: *Dios le dé perseverancia* ¹⁹. Por eso, estoy persuadido de que todas y todos los de Casa que están ya en la Vida eterna se reconocen hijos de la oración y de la mortificación de nuestro Padre, porque gracias a su correspondencia heroica, no sólo han recibido —como nosotros— la gracia de la vocación, sino también la coronación de esa llamada, que es la perseverancia hasta el fin. Pues, si en la tierra rezaba con tanta intensidad para que fuéramos fieles, sintiendo profundamente la paternidad espiritual que Dios le había otorgado, ¡qué no hará en el Cielo! Sí, hijas e hijos míos, Dios quiere que nuestro Fundador sea especialmente *intercesor de nuestra fidelidad*, y este pensamiento es un motivo poderoso para llenarnos de confianza y de paz, y para aumentar el tono de nuestra batalla ascética diaria.

La oración de las Preces

- 9 Entre los miles de sugerencias que me habéis enviado para la oración a nuestro Padre, que se incluirá en las *Preces* de la Obra, una gran mayoría ha coin-

19. Cfr. *Apuntes íntimos*, nn. 733, 903, 1074.

cido en pedir a nuestro Fundador, con diversas formulaciones, su intercesión para que sus hijas y sus hijos, fieles al espíritu que nos transmitió, santifiquemos nuestro trabajo y ganemos muchas almas para Cristo. Como podéis imaginar, no ha sido nada fácil escoger una entre tantas de esas oraciones estupendas. Después de escuchar el parecer del Consejo General y de la Asesoría Central, he decidido que, a partir del 17 de mayo, después de la invocación a los Angeles Custodios, rezaremos en las *Preces*:

Ad Beatum Iosephmariam Conditorem nostrum. Intercede pro filiis tuis ut, fideles spiritui Operis Dei, laborem santificemus et ánimas Christo lucrifacere quaeramus.

Hijas e hijos míos, bien unidos en esta oración que cada día subirá al Cielo desde los más variados lugares de la tierra, hemos de poner también de nuestra parte la lucha interior constante —el comenzar y recomenzar— que reclama la santificación del trabajo y la labor apostólica, con una *fidelidad* que es *felicidad*, aunque en no pocas ocasiones encontraremos el sufrimiento como compañero en el camino. Pero es, y será siempre, un sufrimiento gozoso —no se trata de resignación— y fecundo, porque, en la Santa Cruz, somos y nos sabemos hijos de Dios en Cristo y con Cristo.

10 Comprenderéis, por tanto, que en esta carta vuelva a hablaros precisamente de fidelidad, con el deseo, que es súplica a Dios, de que el año de la Beatificación de nuestro Fundador represente en la Obra —insisto— el inicio de una nueva etapa de mayor entregamiento, de más generosidad, de más empeño para alcanzar la santidad. He recordado que nuestro Padre aconsejaba que contemplásemos los misterios del Rosario fijándonos en una determinada virtud. Me propongo seguir ahora este consejo, y os invito a que me acompañéis en la contemplación de los quince misterios tratando de descubrir en cada uno, de la mano de la Virgen, algunos aspectos y manifestaciones de esta gran virtud de la fidelidad.

A Nuestra Señora hemos dedicado de modo especial este año, agradecidos porque la Beatificación de nuestro Padre tenga lugar precisamente en mayo, el mes de la Virgen, y con el afán de que sea un *año mariano*, constituido de veras por *días marianos*, empapados de devoción a Santa María. Dios nos concede gracias abundantes para que pongamos la mirada en Ella e imitemos su ejemplo de correspondencia total al amor de Cristo, como lo imitó nuestro Padre, y yo le ruego ahora que estas líneas, al hilo de las escenas del Rosario, nos ayuden a fortalecer nuestra firme lealtad a ese amor de

predilección que nos ha mostrado el Señor llamándonos a su Obra.

El descubrimiento de la vocación

11 En el sexto mes fue enviado el ángel Gabriel de parte de Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret. Y habiendo entrado donde estaba la Virgen María, le dijo: **Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo**²⁰. Había sido elegida desde la eternidad como Madre del Salvador; Dios la había preservado de toda mancha de pecado y llenado de gracia desde el instante mismo de su concepción inmaculada. Ahora, al escuchar las palabras del Ángel, la Santísima Virgen descubre con plenitud su vocación.

Hijas e hijos míos, también a nosotros nos ha elegido Dios **antes de la creación del mundo, para que seamos santos y sin mancha en su presencia, por el amor; y nos predestinó a ser sus hijos adoptivos por Jesucristo**²¹. ¡Antes de la creación del mundo, nos ha destinado a ser santos! Primero nos ha elegido y después nos ha creado para cumplir esa llamada. La elección precede nuestra existencia; es

20. *Luc.* I, 26-28

21. *Ephes.* I, 4-5.

más, determina la razón de nuestra existencia. «Podemos decir —enseña el Papa— que Dios "primero" elige al hombre, en el Hijo eterno y consustancial, a participar de la filiación divina, y sólo "después" quiere la creación, quiere el mundo»²².

Elegit nos ante mundi constitutionem...: nos ha escogido Dios para ser santos siendo Opus Dei, haciendo el Opus Dei, pues la llamada a la Obra es la determinación de la vocación cristiana que Dios ha dispuesto para nosotros. No nos ha llamado en atención a nuestras virtudes, sino al revés: nos ha concedido las cualidades buenas que poseemos porque *antes* nos había elegido. **¿Qué tienes que no hayas recibido?,** pregunta San Pablo. **Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías, como si no lo hubieras recibido?**²³. Sólo a la luz de nuestra vocación, adquieren pleno sentido los dones de Dios, porque sólo al servicio de esa llamada podemos emplearlos totalmente para su gloria.

- 12 El 3 de abril de 1932, nuestro Padre anotaba en sus apuntes personales: *Dos caminos se presentan: que yo estudie, gane una cátedra y me haga sabio. Todo esto me gustaría y lo veo*

22. Juan Pablo II, *Discurso*, 28-V-1986, n. 4.

23. *I Cor.* IV, 7.

*factible. Segundo: que sacrifique mi ambición, y aun el noble deseo de saber, conformándome con ser discreto, no ignorante. Mi camino es el segundo: Dios me quiere santo, y me quiere para su Obra*²⁴. Hijas e hijos míos: nuestro Fundador no ignoraba las cualidades buenas que Dios le había concedido —el conocimiento propio forma parte de la humildad—, pero era consciente de que las había recibido de Dios para ponerlas al servicio de su vocación. Podía aspirar a una cátedra y llegar a ser sabio, proyectos muy buenos que, además, le atraían: *todo eso me gustaría, y lo veo factible*, puntualiza. Si hubiera seguido ese camino, ¿dónde estaríamos nosotros?, ¿qué hubiera sido de las hijas e hijos suyos a los que el Señor pide que hagan el Opus Dei santificando precisamente la investigación y la enseñanza?, ¿qué de esos millones de almas que habían de acercarse a Dios a través de la Obra?

La Santísima Virgen *podía* haber usado sus cualidades de muchos modos, pero las utilizó exclusivamente para servir a los planes divinos. San José, un hombre extraordinario, también *podía* haber empleado su inteligencia, su voluntad fuerte, sus dotes de carácter... en mil tareas buenas, pero sólo en aquéllas que

24. De nuestro Padre, 3-IV-1932, en *Apuntes íntimos*, n. 678.

Dios le propuso —y que el Santo Patriarca realizó fielmente— dieron fruto sus grandes talentos. Nuestro Fundador también *podía* haber dedicado sus grandes dotes naturales a otras ocupaciones muy buenas, pero no cedió a esa tentación, porque no era lo que el Señor le pedía: *Dios me quiere santo, y me quiere para su Obra.*

- 13 San Pedro escribe que Dios nos ha formado **como piedras vivas** para construir su Iglesia²⁵. Esta comparación, al meditar en el trabajo de San José y de Jesús, me sugiere un ejemplo. Cuando un carpintero construye una silla, fabrica todos los elementos necesarios —las patas, el asiento, el respaldo..., más o menos ricos, de madera buena o modesta— para que la gente se pueda sentar. Si la silla fuera capaz de pensar y decidir de su existencia, lo mejor que podría hacer es llevar a cabo su misión: servir de asiento. Pero también se podría rebelar y colocarse patas arriba. No por eso dejaría de ser una silla, pero su existencia se transformaría en un absurdo. Quizá alguna de sus cualidades serviría para algo —por ejemplo, para colgar una chaqueta en una pata—, pero no para sentarse. Ya me entendéis lo que quiero decir, con las

25. Cfr. I *Petr.* II, 5.

limitaciones de un ejemplo. Dios nos ha creado, y nos ha formado y nos ha *tallado* como convenía a la vocación que *antes*, desde la eternidad, nos había concedido. Y sólo en el cumplimiento de esa vocación encuentran pleno sentido todos los talentos —pocos o muchos— que nos ha otorgado.

- 14 La vocación a la Obra informa y orienta nuestra entera existencia, porque es una llamada constante a buscar la santidad en todas las situaciones —difíciles o fáciles, corrientes o excepcionales, de mayor o de menor trascendencia— de la vida ordinaria en medio del mundo. Todo lo que somos y tenemos hemos de verlo a la luz de esa elección con que Dios nos ha señalado a cada uno de nosotros.

La vocación al Opus Dei *no es un* estado de ánimo²⁶, flor de un día, que puede marchitarse y pasar. Es una llamada divina, eterna y permanente, que no se pierde jamás y que el Señor nos dirige de continuo. Se puede vivir de espaldas a ese requerimiento del Cielo, pero no se puede suprimir. Se puede esconder, como la luz que se oculta bajo el celemin²⁷ —en lugar de ponerla sobre el candelero, que es su

26. De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XII-1941, n. 74.

27. Cfr. *Matth.* V, 15.

sitio—, pero no se puede apagar, porque **los dones y la llamada de Dios son irrevocables**²⁸. *Tienes vocación y la tendrás siempre*, aseguraba nuestro Padre, en cierta ocasión a una hija suya. *Nunca dudas de esta verdad, porque se recibe una vez y después no se pierde; si acaso, se tira por la ventana. Si alguna vez una hermana tuya te dice que no tiene vocación, se lo explicas así, y evitas que haga esa barbaridad*²⁹. Una triste y desgraciada barbaridad, porque hemos nacido, ni más ni menos, que para ser santos *siendo Opus Dei y haciendo el Opus Dei*.

- 15 Después de recibir el anuncio del Ángel, la Santísima Virgen pregunta: **¿De qué modo se hará esto, pues no conozco varón?**³⁰. No duda de que se cumplirá la Voluntad de Dios, no pide ninguna prueba, y tampoco pone condiciones para responder afirmativamente. Su entrega es absoluta desde el primer momento. Y, sin embargo, pregunta, porque desea conocer los planes de Dios para identificarse plenamente con ellos.

Hija mía, hijo mío, si alguna vez se presentara en

28. Rom. XI, 29.

29. De nuestro Padre, en Crónica, 1982, p. 106.

30. Luc. I, 34.

tu vida una situación que parezca incompatible con las exigencias de nuestra llamada, e interrogaras al Señor: ¿cómo cumpliré tu Voluntad?, ¿cómo haré para vivir la vocación a la Obra, si hay esta dificultad?, considera que debes dirigirle esas palabras como la Santísima Virgen, sin dudar un momento de tu llamada, y con la disposición absoluta de entregarte al querer de Dios. Entonces desaparecerán los impedimentos, obtendrás una respuesta como nuestra Madre —**el Espíritu Santo vendrá sobre ti...**³¹— que te confirmará en la certeza de la vocación y te hará descubrir, en esas mismas circunstancias aparentemente adversas, los designios de Dios.

No tendría sentido, una vez que nos hemos dado al Señor y quizá después de años de entrega, dudar de nuestra elección de parte de Dios. *Si cada uno de vosotros se pusiera ahora a decir en voz alta todo el proceso íntimo de su vocación, los demás juzgaríamos sin duda que todo aquello era divino: vuestra vocación y la mía*³². Pero, además, contamos con una señal externa: *el hecho de estar trabajando con pleno entregamiento en su Obra, sin que haya mediado un*

31. /tod., 1, 35.

32. De nuestro Padre, Meditación, 6-1-1956.

motivo humano ³³. Señal externa, plasmada en un compromiso, que nos confiere la certeza de que es Dios quien nos ha buscado: **non vos me elegistis, sed ego elegi vos** ³⁴; no me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, declara el Señor. Este hecho, *el saber que tenemos vocación —hemos venido, porque nos llamó el Señor; si no, nuestra presencia en la Obra no tiene explicación humana— es la certeza más grande de nuestra fidelidad* ³⁵.

Ecce ancilla Domini... ³⁶: respuesta de entrega total a Dios. Así nos muestra Santa María la condición necesaria, la disposición fundamental, para descubrir la vocación a la Obra, mantener encendida su luz, y custodiarla fielmente hasta el final de nuestra vida.

Fe y humildad

- 16 **Por aquellos días se puso María en camino y marchó aprisa a la montaña, a una ciudad de Judá** ". Ha conocido su vocación, y se mueve con seguridad

33. De nuestro Padre, Meditación, 2-X-1956.

34. *Ioann.* XV, 16.

35. De nuestro Padre, Crónica 11-56, p. 6.

36. *Luc.* I, 38.

37. *Ibid.*, I, 39.

dentro de los planes divinos. Visita a su prima Santa Isabel, y escucha de sus labios la alabanza de su fe: **bienaventurada tú que has creído** ³⁸. La fe de la Virgen se ha manifestado en una perfecta entrega a los designios de Dios; y por eso mismo es proclamada bienaventurada, feliz. La fidelidad se apoya siempre en *la fides*, en la fe, y sólo se resquebraja cuando se debilita la fe.

Hijas e hijos míos, hemos recibido una llamada de Dios; una luz que nos ha llevado a *ver* lo que significa para cada uno de nosotros la vocación cristiana en medio del mundo. Como el Apóstol San Juan, estamos en condiciones de afirmar que **hemos conocido y hemos creído el amor que Dios nos tiene** ³⁹. La fidelidad a esa elección divina exige que vivamos de fe, sin detenernos ni excusarnos en lógicas humanas, de modo que quepa realmente afirmar de cada una y de cada uno: bienaventurada, bienaventurado tú que has creído.

- 17 Guiado por la fe, nuestro Padre acometió empresas que exceden cualquier fuerza humana; ante todo, la de ser *santo de altar* atendiendo heroicamente a los requerimientos que Dios le dirigía. Muchas veces, ante las dificultades para emprender nuevas labores apostó-

38. *Ibid.* 1,45.

39. *Iloann.* IV, 16. Cfr. *Ioann.* VI, 69; XVII, 8.

licas y ante la falta de medios, nos solía comentar: es *cuestión de fe*. Movidos por su ejemplo, la fe nos ha impulsado a todos sus hijos, desde el principio, a realizar *locuras* que no admiten explicaciones humanas, porque son fruto de la gracia de Dios. Muchos no han dudado en marchar a otros países, para extender la semilla del Opus Dei; otros han dejado con alegría y garbo su trabajo, para dedicarse profesionalmente a tareas de formación y dirección, imprescindibles en la Obra; muchos otros han alcanzado metas altas en su tarea profesional, venciendo la comodidad por amor a Dios y espíritu de servicio, o han sufrido adversidades y fracasos con la serenidad de quien conoce que su fin se concreta en la identificación con Jesucristo, no en el éxito humano; otros han permanecido largos años en una ocupación sin brillo a los ojos de los hombres, y en apariencia sin fruto, renunciando con gozo a ambiciones y proyectos, aficiones y gustos —todos lícitos y honrados—, si así convenía para hacer la Obra; otros han emprendido labores apostólicas de mucha envergadura, superando el temor a complicarse la vida; y todos, día a día, firmemente asentados en la fe y en la certeza de nuestra vocación, nos hemos sentido dichosísimos sacrificándonos para que la Obra se realice⁴⁰.

40. Cfr. De nuestro Padre, *Instrucción*, 19-IIM934, n. 49.

He de agradecer al Señor su gran bondad —escribió nuestro Padre en 1974—, porque mis hijas y mis hijos me han proporcionado, en este casi medio siglo, tantas y tantas alegrías, precisamente con su adhesión firme a la fe, su vida reciamente cristiana y su total disponibilidad —dentro de los deberes de su estado personal, en el mundo— para el servicio de Dios en la Obra. Jóvenes o menos jóvenes, han ido de acá para allá con la mayor naturalidad, o han perseverado fieles y sin cansancio en el mismo lugar; han cambiado de ambiente si se necesitaba, han suspendido un trabajo y han puesto su esfuerzo en una labor distinta que interesaba más por motivos apostólicos; han aprendido cosas nuevas, han aceptado gustosamente ocultarse y desaparecer, dejando paso a otros: subir y bajar⁴¹. Doy gracias a la Trinidad Beatísima porque, fruto de la continuidad que nuestro Fundador nos consigue desde el Cielo, también ahora podría expresarse así, al contemplar la extensión apostólica del Opus Dei.

- 18 Al pensar en este dilatarse de la Obra, me viene a la cabeza esa epopeya sobrenatural que relata la Epís-

41. De nuestro Padre, *Carta*, 14-11-1974, n. 5.

tola a los Hebreos: **por la fe, Abraham, al ser llamado, obedeció y partió para un país que había de recibir en herencia; y partió sin saber adonde iba (...).** Por la fe, Moisés, al hacerse mayor, no quiso ser llamado hijo de la hija del faraón, prefiriendo ser maltratado con el pueblo de Dios a disfrutar de las delicias pasajeras del pecado, estimando mayor riqueza el oprobio de Cristo que los tesoros de Egipto (...). Por la fe atravesaron el mar Rojo (...). Por la fe se derrumbaron los muros de Jericó (...). ¿Y qué más diré? Pues me faltaría tiempo para hablar de Gedeón, Barac, Sansón, Jefté, David, Samuel y los profetas, que por la fe sometieron reinos, ejercitaron la justicia, alcanzaron las promesas, cerraron la boca de los leones (...). Otros soportaron burlas y azotes, y hasta cadenas y cárceles...⁴².

Así obraron todos estos personajes de la Escritura Santa, movidos por la fe viva. Se entregaron al servicio de lo que Dios les señalaba, a pesar de que **todos ellos, aunque alabados por su fe, no alcanzaron la promesa:** no llegaron a ver al Mesías Redentor. Y concluye la Epístola: **Dios tenía previsto para nosotros algo mejor**⁴³. Como en las bodas de Cana, Dios

42. *Hebr.* XI, 8-36.

43. *Ibid.*, XI, 39-40.

ha reservado para el final —para nosotros— el vino mejor: se nos ha dado El mismo en Cristo: tenemos su doctrina, podemos tratarle y recibirle en la Eucaristía, disponemos del Sacramento del Perdón, contamos con la Santísima Virgen como Madre, formamos parte de la Iglesia..., y hemos recibido la *gracia soberana de la vocación*: luz que ilumina constantemente el camino de nuestro paso por la tierra, *y fuerza vital*^M para realizar esa vocación en medio del mundo y lograr que otras muchas almas la descubran. ¡Cómo ha de ser nuestra fe! ¡A qué *locuras* nos debe empujar!

En una ocasión, **los Apóstoles dijeron al Señor: auméntanos la fe. Respondió el Señor: si tuvierais fe como un grano de mostaza, diríais a este moral: arráncate y plántate en el mar, y os obedecería**⁴⁵. Necesitamos una fe grande para ser fieles y alcanzar la santidad heroica, de altar, a la que Dios nos llama. Por eso, mientras rogamos con insistencia: **Domine, adauge nobis fidem!**, hemos de preparar constantemente nuestro corazón para recibir ese don y conseguir que fructifique. La lucha interior es, fundamentalmente, disponernos a recibir la gracia que nos diviniza, siendo ya esa misma disposición fruto de la acción divina en

44. De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n. 9.

45. *Luc.* XVII, 5-6

nuestras almas. De ordinario, es preciso concretar la lucha espiritual en propósitos, buscar industrias humanas..., pero no me olvidéis jamás que lo primero, lo imprescindible, ante cualquier meta que nos propongamos, se centra en rezar, en pedir el auxilio divino.

- 19 Santa Isabel había saludado a la Virgen: **bienaventurada tú que has creído**, y nuestra Madre todo lo atribuye a Dios: **glorifica mi alma al Señor, y se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador: porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava; por eso desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones. Porque ha hecho en mí cosas grandes el Todopoderoso, cuyo nombre es Santo**⁴⁶. La medida de su fe es su humildad sin medida. Aprendamos de Nuestra Señora. Si de veras anhelamos que el Maestro divino nos aumente la fe, seamos humildes. Reconozcamos nuestra bajeza día a día, con obras, desapareciendo, pisoteando hasta las más mínimas rebeldías del propio yo, y entonces podremos ser fieles. *Para perseverar, hay que ser humildes*, insistía nuestro Padre. *Si queréis ser santos (...), sed humildes; si más santos, más humildes; si muy santos, muy humildes*⁴⁷.

46. *Ibid.*, I, 46-49.

47. De nuestro Padre, Tertulia, 17-111-1972.

Para cumplir el querer divino, pensadlo bien, no suponen obstáculo nuestras limitaciones, con las que el Señor ya cuenta; basta la humildad, porque **Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes**⁴⁸. Si en alguna circunstancia estimas que te faltan fuerzas o cualidades, no olvides que Dios lo sabe y que te llamó y te creó —¡te amó y te ama!— así. **Mirad, hermanos, vuestra vocación** —escribe San Pablo a los de Corinto—: **pues no hay entre vosotros muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles. Dios eligió, más bien, lo necio del mundo para confundir a los sabios, y lo débil del mundo para confundir a los fuertes; y lo vil y lo despreciable del mundo, lo que no es, para destruir lo que es, para que ninguno se gloríe delante de Dios**⁴⁹. Bien claramente se nos muestra el sentido positivo de nuestra poquedad: **para que ninguno se gloríe**, para que nadie piense que ha sido llamado por sus virtudes, o que las obras de Dios salen adelante sólo o principalmente con medios humanos.

El Señor permite que experimentemos la propia flaqueza, la desproporción entre nuestra miseria y la tarea que nos pide, para que caminemos siempre como

48. *IPetr.* V, 5.

49. *I Cor.* I, 26-29.

hombres y mujeres humildes, y pongamos toda la seguridad en El. *Así quiso Dios que naciera nuestra Obra, hijos de mi alma. Así germinó el espíritu del Opus Dei: considerando la poquedad vuestra y mía, y la grandeza suya; pensando que nosotros no somos nada, y Ello es todo; que nosotros no podemos nada, y El lo puede todo; que nosotros no sabemos nada, y El es la Sabiduría; que nosotros somos flojos, y El es la fortaleza: quia Tu es, Deus, fortitudo mea!* fPs. XLII, 2) ⁵⁰.

- 20 Crecer en humildad requiere esfuerzo. Mirad lo que escribe San Agustín: «Un recipiente, para ser llenado, tiene que estar vacío. Derrama, pues, de ti el mal, ya que has de ser llenado del bien. Imagínate que Dios quiere llenarte de miel; si estás lleno de vinagre, ¿dónde pondrás la miel? Hay que vaciar primero el recipiente, hay que limpiarlo y lavarlo, aunque cueste fatiga, aunque haya que frotarlo, para que sea capaz de recibir algo» ⁵¹. Gracias a Dios, en la Obra se nos ofrece una *receta* estupenda, al alcance de la mano:

50. De nuestro Padre, Meditación *El camino nuestro en la tierra*, 26-XI-1967.

51. San Agustín, *In Ep. I Ioann.*, 4, 2, 6: PL 35, 2008.

para ser humildes, seamos sinceros ⁵². Resulta tan importante la sinceridad en nuestro camino, que nuestro Fundador afirmaba rotundamente: *si sois sinceros, seréis fieles* ⁵³.

La sinceridad es una virtud, y por tanto puede y debe crecer siempre más, hasta la transparencia, aunque a veces cueste. En los años de juventud quizá cueste porque aún no se ha caído en la cuenta de la pasta de que estamos hechas las pobres criaturas, y nos parece impropio de nosotros cualquier falta o caída; o bien, se nos presenta difícil por olvidar que quien nos escucha es del mismo barro y no se va a asustar de nada. En la madurez puede resultar más ardua la sinceridad con Dios y con uno mismo: reconocer lisa y llanamente, en el diálogo personal con el Señor, que nos hemos equivocado o que nos estamos engañando. Todo esto, en uno y en otro caso, se supera fácilmente con la gracia de Dios; basta que estemos prevenidos y no nos obstinemos en cerrarnos en nosotros mismos.

Hay personas que parecen sinceras, que quizá hablan descarnadamente y hasta exageran defectos y dificultades, pero que no escuchan. No están dispuestas a poner en práctica las orientaciones que reciben

52. De nuestro Padre, *Carta*, 24-11-1931, n. 34.

53. *De nuestro Padre*, n. 246.

en la dirección espiritual: sienten miedo al consejo sencillo y concreto, al remedio eficaz para sus conflictos porque, en el fondo, no están decididos a afrontar el defecto que les atenaza. Nuestro Padre afirmaba que *si alguno se tambalea, ordinariamente es porque calla, porque ha dejado que se le meta un poco el demonio mudo*^M. Y yo, siguiendo y remarcando lo que nos ha enseñado siempre, os recuerdo también que, si alguno se tambalea, es porque no escucha: porque —como leemos en el Evangelio— permite que le domine un demonio no sólo *mudo* sino, además, *sordo*.

- 21 ¡Qué laborioso aquel milagro del Señor! **Le traen un sordo y mudo, y le ruegan que le imponga su mano. Y apartándolo de la muchedumbre, metió los dedos en sus orejas, y con saliva tocó su lengua; y mirando al cielo, dio un suspiro, y le dice: Ef-fetha, que significa: ábrete. Al instante se le abrieron los oídos, quedó suelta la atadura de su lengua y hablaba correctamente**⁵⁵. Jesús realiza el milagro. No hay mal, por grave que sea, que no pueda curar. Pero es preciso quedarse a solas con El en la intimidad de la oración, y permitirle que abra los oídos y

54. De nuestro Padre, Tertulia, 7-V-1972.

55. *Marc.* VII, 32-35.

suelte la lengua. ¡Qué buen momento es la Comunión, cuando le recibes en tu boca, para pedir al Señor la virtud de la sinceridad: oír y hablar! *Si sois sinceros y ponéis los medios, la estrategia divina lo resuelve todo maravillosamente. Aunque haya una tormenta grande en el cielo y en el mar, bajo esa superficie alborotada hay una calma y una serenidad grande, grande: la vocación. Y arriba, por encima de las nubes tempestuosas, tenemos el sol de la gracia divina y la sonrisa de nuestra Madre, Estrella de la mañana. Y todo se supera: lo del mar y lo del aire*⁵⁶.

En la visitación de la Virgen a su prima, está presente un personaje que no puede hablar: es Zacarías, el esposo de Santa Isabel, que ha quedado mudo por no haber creído al Ángel⁵⁷. La historia acaba bien, porque puso algo de su parte: demostró buena voluntad. Le preguntaron por señas cómo quería que se llamara el niño que acababa de nacer. **El pidió una tablilla y escribió: Juan es su nombre (...). En ese momento recuperó el habla**⁵⁸. Entonces, lleno del Espíritu Santo, entonó un himno de acción de gracias: **bendito sea el Señor Dios de Israel...**⁵⁹.

56. De nuestro Padre, Tertulia, 18-XI-1964.

57. Cfr. *Luc.* I, 20.

58. *Luc.* I, 63-64.

59. *Ibid.*, I, 68.

Lección de Amor y de entrega

- 22 Tiempo después, cuando María había regresado a Nazaret, **se promulgó un edicto de César Augusto, para que se empadronase todo el mundo...**⁶⁰. El emperador romano no podía imaginar las consecuencias de su mandato. Dios, que es Todopoderoso, se sirve de las decisiones humanas —incluso de las que parecen no guardar relación alguna con la salvación del mundo— para cumplir sus designios y lograr que todas las cosas cooperen al bien de los que le aman⁶¹. Por aquel edicto, María y José se trasladaron a Belén, donde estaba profetizado que había de nacer el Mesías. Omnia in bonum!, ¡todo es para bien! ¡Qué seguridad en el poder de Dios! Puesto que El nos ha llamado a ser santos —su Voluntad es nuestra santificación⁶²— hemos de estar persuadidos de que todas las circunstancias de la vida, también las que parecen adversas, se deben transformar en medios para crecer en unión con el Señor. En ocasiones, incluso a menudo, no resulta fácil comprenderlo, pero después, si hemos respondido con fidelidad, nos quedamos pasmados al descubrir, en las mismas contrariedades, una lección de la Sabiduría divina.

60. *Ibid.*, 11 1.

61. Cfr. *Rom.* VIII, 28.

62. Cfr. *1 Thes.* IV, 3.

- 23 María y José buscaban con afán un sitio digno para el Nacimiento del Salvador. Sin embargo, relata el texto evangélico, **no había lugar para ellos en la posada**⁶³. Dios lo permitió para nuestro bien, porque ¡cuánto nos enseña, sin palabras, su nacimiento en una pobre gruta! Al entrar en este mundo, el Señor había previsto permanecer con nosotros para siempre en el sacramento de la Eucaristía para mostrarnos, al recibirle, hasta qué punto quiere que nos identifiquemos con El y entendiésemos que realmente somos hijos de Dios en Cristo, «hijos en el Hijo»^M. Ahora, cuando le contemplamos recostado en un mísero pesebre, nos colmamos de alegría porque comprendemos de modo bien gráfico que El no rehusa habitar en nuestra alma, tan pobre como aquel establo, si hacemos lo posible para prepararla, como la Santísima Virgen preparó unos pañales para envolver al Niño Dios.

Adoro te devote latens Deitas... Tibi se cor meum totum subiicit, quia te contemplans totum déficit. Te adoro con devoción... A ti se somete entero mi corazón, porque se rinde totalmente al contemplarte. El anonadamiento de Dios, por Amor a nosotros, que admiramos en el Portal de Belén y más aún, como escribió nuestro Padre, en la Hostia Santísima⁶⁵, nos

63. *Luc.* II, 7.

64. Conc. Vaticano II, Const. past. *Gaudium et spes*, n. 22.

65. Cfr. *Camino*, n. 533.

trae una llamada a la entrega plena, personal, por amor. Rechacemos, pues, el miedo a excedernos, no nos permitamos tramitar componendas. Si alguna vez nos asalta la tentación de pensar que Dios pide demasiado, o que ya hacemos bastante, vayamos al Sagrario y comprenderemos que no cabe jamás la posibilidad de exagerar en el amor a Dios. El mismo lo prescribe a todos: **amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas**⁶⁶, y cuenta contigo y conmigo para que nos decidamos a recordarlo, ante todo con nuestra misma vida, a las almas que nos rodean y a todo el mundo. Por eso nuestro Padre, al contemplar al Señor en la Eucaristía, exclamaba: *aquí está la explicación de mi vivir*⁶⁷.

- 24 Desde el Portal de Belén, Jesús nos pone ante los ojos, con su ejemplo, una exigencia fundamental del amor a Dios, que más tarde enseñará también con las palabras: **nadie puede servir a dos señores (...): no podéis servir a Dios y a las riquezas**⁶⁸. Nuestro Señor, escribe San Pablo, **siendo rico se hizo pobre por vosotros para que os enriquecierais con su pobreza**⁶⁹.

66. *Deut.* VI, 5.

67. De nuestro Padre, Crónica, 1970, p. 491.

68. *Matth.* VI, 24.

69. II Cor. Vffl, 9.

¡Qué modo tan estupendo y tan diáfano de expresar el valor de esta virtud! Cristo nos enriquece con su pobreza, porque nos señala y nos consigue la verdadera riqueza. Y nosotros, si queremos identificarnos con El, hemos de practicar esta virtud con rigor, con manifestaciones concretas en las circunstancias de cada uno, sin cesiones ni fisuras. A través de la pobreza respira libremente el amor a Dios: no hemos de permitir que este tesoro inigualable se ahogue en nosotros por una *asfixia de bienestar*, que fomenta en tantos países el consumismo hedonista, y que cala en las almas como por osmosis.

Hemos sido redimidos, recuerda San Pedro, no con **el oro o la plata, sino con la preciosa Sangre de Cristo**⁷⁰. Nuestro Redentor nació pobre y fue siempre pobre. La virtud de la pobreza se nos presenta como requisito indispensable para corredivir con Cristo. Por eso dispuso el Señor que la Obra naciera pobre y fuera siempre pobre. Aunque contemos como El —Jesús no era un mendigo— con los medios materiales necesarios, hemos de mantener el corazón libre, desprendido, poniendo nuestra confianza no en esos recursos, sino en Dios, con un completo abandono en sus manos, como anotaba nuestro Padre en sus *Apun-*

70. *IPetr.* I, 18-19.

*tes íntimos: Dios mío: veo que no serás mi Salvador si no eres al mismo tiempo mi modelo. Pues que quisiste ser pobre, dame amor a la santa pobreza: mi propósito, con tu ayuda, es vivir y morir pobre, aunque tenga millones a mi disposición. ¡Oh, Señor!: solamente confiaré en ti; ayúdame, para que te sea fiel, porque sé que de esta fidelidad en servirte, dejando en tus manos todas mis solicitudes y cuidados, puedo esperar lo todo*⁷¹.

En los comienzos de la Obra, Dios permitió que nuestro Fundador careciera de todo, incluso de lo necesario. Fue simultáneamente una pobreza voluntaria, porque no le faltaron oportunidades de aceptar cargos bien remunerados que le ofrecían, compatibles con su sacerdocio, para vivir con desahogo. Pero no lo admitió, porque hubiera supuesto posponer la dedicación completa a la Obra, que era lo que el Señor le pedía. Supo corresponder, confiando plenamente en la promesa de Jesús: **buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura**⁷², y el Señor premió su entrega con abundante fruto.

71. De nuestro Padre, octubre 1932, en *Apuntes íntimos*, n. 1660.

72. *Matth.* VI, 33.

25 Frío. —Pobreza. —Soy un esclavito de José. —¡Qué bueno es José! —Me trata como un padre a su hijo. —¡Hasta me perdona, si cojo en mis brazos al Niño y me quedo, horas y horas, diciéndole cosas dulces y encendidas!...⁷³. ¡Qué recursos emplea el Señor para que le amemos! Se hace Niño pequeño, desvalido, necesitado de todo, y se confía a los cuidados de su Madre, de San José, y a los tuyos y míos. Golpea nuestra alma, reclama sin hablar que nos dediquemos a El, sabe que somos hombres de poca fe⁷⁴, y apela también al corazón.

Hijas e hijos míos, nuestra vocación nos conduce —como el lucero que guió a los Reyes— a la intimidad del Portal de Belén, al trato confiado con la *trinidad* de la tierra que nos introduce en la Trinidad del Cielo. Esa luz puede ocultarse en algunos momentos, pero no debemos abandonar entonces el camino, como si no hubiéramos visto nunca la claridad de la llamada divina. Cuando el cielo se oscurece por la tormenta, detrás continúan las estrellas, y no supone desgracia alguna que no las divise-mos, sin olvidar, además, que la tierra necesita el agua de las nubes para dar fruto. En la vida espiritual, los periodos de oscuridad también son tiempo de gracia, que hace germinar en el alma una fe más segura y más recia.

73. *Santo Rosario*, III misterio gozoso.

74. Cfr. *Marr/i*.XIV, 31.

No olvidéis —especialmente en vuestras visitas a los santuarios de la Virgen a lo largo de este año mariano— la enseñanza de aquella primera romería de nuestro Padre a Sonsoles. Durante el camino, desapareció de sus ojos el Santuario de Nuestra Señora, oculto tras los accidentes del terreno. Evidentemente seguía allí, en el lugar de destino: lo habían visto al comienzo y no habían perdido la senda. No tenían motivo para dudar, aunque ahora que estaban más cerca no lograban ni siquiera entreverlo. Era preciso seguir, paso a paso, hasta llegar al final. Nuestro Fundador pensaba en la fidelidad a la vocación, y al regresar —después de haber alcanzado la meta— resumía así la lección de aquel día: *¡Fuera dudas, vacilaciones e indecisiones! He visto el camino, lo empecé y lo sigo. Cuesta arriba, ¡hala, hala!, ahogándome por el esfuerzo: pero sin detenerme a recoger las flores que, a derecha e izquierda, me brindan un momento de descanso y el encanto de su aroma y de su color... y de su posesión: sé muy bien, por experiencias amargas, que es cosa de un instante tomarlas y agostarse: y no hay, en ellas para mí, ni colores, ni aromas, ni paz. ¡Arriba!*⁷⁵.

75. De nuestro Padre, Relación autógrafa de la primera romería, mayo 1935.

Pureza, celibato y matrimonio

26 La Sagrada Familia sube a Jerusalén para presentar a Jesús en el Templo, y ofrecer en sacrificio por el Niño **un par de tórtolas o dos pichones, según lo ordenado en la ley del Señor**⁷⁶. La Ley establece, antes del sacrificio, el rito de la purificación de la madre, y la Virgen se somete a esa prescripción legal, aunque Ella es inmaculada. *¡Purificarse! ¡Tú y yo sí que necesitamos purificación!*⁷⁷, comenta nuestro Padre.

Al considerar esta escena, pienso en lo que escribe San Pablo a los Romanos: **os ruego que ofrezcáis vuestros cuerpos como hostia viva, santa, agradable a Dios**⁷⁸. Y a los Corintios, inmersos en una sociedad pagana, les dice: **huid de la fornicación**⁷⁹; y enseña, ¡a todos!, por qué han de cuidar delicadísima-mente la virtud de la castidad: **¿no sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? (...). ¿No sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros y habéis recibido de Dios, y que no os pertenecéis? ¡Habéis sido com-**

76. Luc. II, 24.

77. *Sanio Rosario*, IV misterio gozoso.

78. Rom. XII, 1.

79. I Cor. VI, 18.

prados a gran precio! Glorificad, por tanto, a Dios en vuestro cuerpo ⁸⁰.

No se trata ya de ofrecer a Dios alguna cosa en sacrificio, sino de ofrecernos a nosotros mismos, cuerpo y alma, en unión con Cristo, como miembros suyos. No se trata —insisto— de purificarnos externamente, para entrar en el lugar sagrado donde se ofrecían aquellos sacrificios: ¡nosotros mismos somos templo de Dios!; por tanto, hemos de ser limpios con la limpieza de Dios y para Dios.

- 27 La santa pureza es indispensable para caminar como hombres o mujeres fieles a la vocación cristiana; es una exigencia de la rectitud natural de la persona humana, reforzada por nuestra participación en la naturaleza divina ⁸¹, que nos transforma en hijos de Dios en Cristo. Cuántas y cuántos se apartan del Señor porque le han perdido de vista, cegados a causa de la impureza que embota el espíritu. Como el hijo de la parábola, se alejan de la casa del Padre, y cambian la herencia del Cielo por la satisfacción de las pasiones más bajas, que destruyen el amor y terminan por asquearles ⁸². Por el gran valor y dignidad de la sexuali-

80. *Ibid.*, VI, 15-20.

81. Cfr. II *Petr.* I, 4.

82. Cfr. *Luc.* XV, 11 ss.

dad humana, su corrupción se manifiesta particularmente deletérea para la persona que se animaliza: *corruptio optimi, pessima*.

La pureza del alma y del cuerpo nos permite tratar con intimidad al Espíritu Santo y *escuchar* sus inspiraciones. Se ordena al amor y crece de mano del amor a Dios. *Por eso os quiero enamorados*, predicaba de mil modos nuestro Padre; *porque, si lo estáis, no me da miedo nada. ¡Seréis fieles! Si vierais qué pena da ver que alguno, de cuando en cuando... ¡Ay, hijos míos!, parece que se les doblan los pies, que no hay quien los levante. Y todo por un motivo humano que se inventan... En fin, que no estaban enamorados* ⁸³.

- 28 Hay un antiguo refrán que dice: *a olla que hierve, ninguna mosca se atreve*. Bien lo podemos aplicar a las tentaciones contra la pureza. Si procuramos que nuestra alma arda en amor de Dios, alimentando ese fuego con la entrega en las cosas pequeñas de cada día, no habrá tentación capaz de apagarlo. Quien ama, cuida el amor, y no se expone imprudentemente a perderlo. No olvidemos, pues, el consejo del Apóstol: **huid...**, que nuestro Padre expresaba así: *no tengas*

83. De nuestro Padre, Tertulia, 7-1-1975.

la cobardía de ser "valiente": ¡huye! ^M.

Ya conocéis aquella actuación heroica de nuestro Fundador durante la guerra civil en España. Le ofrecieron la llave de una casa en la que podía refugiarse para evitar una muerte que parecía segura. Allí vivía sola una mujer joven, y nuestro Fundador, para evitar de raíz la tentación, tomó la llave y la tiró a una alcantarilla. Más vale perder la vida que ofender a Dios; más vale la muerte que traicionar la vocación.

Es preciso vigilar, y así no habrá sorpresas. Os aseguro que quien procura evitar habitualmente las ocasiones *previstas*, las que puede prever, con la gracia de Dios no caerá en las imprevistas. Quien lucha para guardar los sentidos —no sólo la vista, sino también, por ejemplo, el oído—; el hijo mío o la hija mía que es prudente en el trato con las colegas o los colegas de trabajo, sin frivolidad o ligereza, sin ceder en lo que no es compatible con las exigencias del Amor, y no busca a toda costa hacerse el simpático o la simpática; quien se muestra sincero con Dios, consigo mismo y en la dirección espiritual para reconocer que se le ha metido un afecto que no es del Señor, y sigue los consejos para cortar radicalmente al inicio, con medios ordinarios o extraordinarios...; a esa hija mía o

84. *Camino*, n. 132.

a ese hijo mío, no se le doblarán los pies: será fiel. En este terreno, como en cualquier otro, la infidelidad nunca llega *de repente*, sino que está precedida siempre por el enfriamiento del amor, y en la mayoría de los casos por la imprudencia.

29 A quienes habéis recibido la vocación a ser y hacer el Opus Dei en el estado matrimonial, os consta que el matrimonio no es un estorbo, sino camino de santidad. Ahí encontráis la senda que Dios os ha señalado para crecer en el Amor divino, porque vuestro mismo cariño humano, conyugal, se eleva al plano sobrenatural de la caridad y es amor a Dios.

Pero también conocéis que, como consecuencia del pecado original, el egoísmo puede introducirse fácilmente entre los esposos. La vocación a la Obra se demuestra, también aquí, como un don magnífico para superar este peligro, porque la decisión de daros totalmente al Señor, con las gracias que comporta, fortalece en vosotros la unidad de vida y os impulsa a santificar todas las exigencias del matrimonio, como parte esencial de la llamada divina, amando y ayudando, ¡sirviendo!, a quienes el Cielo ha colocado a vuestro lado.

Meditad con frecuencia que vuestro compromiso con el Señor no se reduce al cumplimiento de las Normas y a la asistencia a los medios de formación;

reclama generosidad total, aunque a veces requiera notables sacrificios, siempre con la conciencia de que el Señor no pide imposibles ni la Obra tampoco. Os pide que santificuéis la vida matrimonial y familiar; que recibáis generosamente los hijos que El os envíe, muchos o pocos, sin cegar jamás las fuentes de la vida; que pongáis gran empeño en educar a esas criaturas como hijos de Dios; que seáis sobrios en el tenor de vida personal, sin hacerlo pesar a quienes os rodean, pero sin consentir, en lo que dependa de vosotros, que se introduzcan en el hogar costumbres mundanas o tibias. Os pide que toméis una actitud clara ante vuestras responsabilidades sociales, y que procuréis influir cristianamente —en el ambiente profesional, en las escuelas, en los medios de comunicación social...—, superando la resistencia —la notamos todos— a complicaros la vida. En pocas palabras, os pide que seáis coherentes con la fe en toda vuestra conducta, pues «no cree verdaderamente sino quien, en su obrar, pone en práctica lo que cree»⁸⁵.

30 La santidad se mide con el metro del amor a Dios, no con el del celibato o el del matrimonio⁸⁶. Sin

85. San Gregorio Magno, *In Evangelium homiliae*, 26, 9: PL 76, 1202.

86. Cfr. Juan Pablo II, *Discurso*, 14-IV-1982, n. 3.

embargo, la Iglesia enseña que el celibato por el Reino de los Cielos es un don superior⁸⁷. ¿No se trata acaso de una manifestación luminosa de que Dios colma absolutamente las aspiraciones del corazón humano? Quien ha recibido este don y corresponde con generosidad, puede decir verdaderamente: **nada me falta**⁸⁸. Es un don que permite, además, una plena disponibilidad para las tareas apostólicas y de formación, y lleva así a «participar de modo singular en la instauración del Reino de Dios en la tierra»⁸⁹.

Es preciso que quienes hemos recibido el don del celibato tengamos *siempre presente que es el Amor —el Amor de los amores— el motivo de nuestro celibato: no somos por tanto solterones, porque el solterón es una desgraciada criatura que nada sabe de amor*⁹⁰. Es lógico —escribió también nuestro Padre—, *que sintamos la atracción, no ya del pecado, sino de esas cosas humanas nobles en sí mismas, que hemos dejado por amor a Jesucristo, sin que por eso hayamos perdido la inclinación a ellas. Porque teníamos esa tendencia, la entrega de cada uno de nosotros fue don de sí mismo, generoso y desprendi-*

87. Cfr. Conc. de Trento, sess. XXIV: DS 1810; I Cor. VII, 38.

88. *Ps.xxmoai*), i.

89. Juan Pablo II, *Discurso*, 21-IV-1982, n. 2.

90. De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XII-1941, n. 84.

*do; porque conservamos esa entrega, la fidelidad es una donación continuada: un amor, una liberalidad, un desasimiento que perdura, y no simple resultado de la inercia*⁹¹.

Cumplir la Voluntad de Dios

- 31 Jesús ha cumplido ya doce años, y María y José le llevan consigo a Jerusalén, por la fiesta de la Pascua. Al regresar, se quedó en la ciudad, sin **que** sus padres lo advirtieran⁹². Le buscan angustiados⁹³, hasta que al tercer día le encuentran en el Templo. El Señor ha permitido el sufrimiento de los que tanto ama, y El mismo ha sufrido por su dolor. Pero era necesario, para enseñarnos que los sentimientos —aunque entrañen tanta nobleza y categoría como el amor a la propia familia— no deben impedirnos cumplir la Voluntad divina; y que, de este modo, también las personas queridas participan de los méritos de nuestra entrega.

Al contemplar a Jesús sentado en medio de los doctores, que le escuchan asombrados de su sabiduría y de sus respuestas⁹⁴, pienso especialmente en

91. De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1931, n. 12.

92. *Luc.* II, 43.

93. *Ibid.*, II, 48.

94. *Ibid.*, II, 47.

los que sois más jóvenes en edad. Existe una sabiduría que algunos alcanzan con el paso de los años, el estudio y la experiencia. Pero existe otra Sabiduría de orden muy superior, que el Espíritu Santo concede a quienes cultivan la firme determinación de realizar la Voluntad de Dios, y que otorga una madurez y una armonía interior que no se pueden conquistar simplemente con el transcurso del tiempo. **Super senes intellexi, quia mandata tua** quiesivi⁹⁵, leemos en la Escritura: soy más sabio que los ancianos, porque deseo cumplir tu Voluntad.

Por el contrario, cuando falta esa decisión o disminuye su intensidad, ocurre lo que nuestro Padre describe en un punto de *Surco* que comienza así: *En tu vida hay dos piezas que no encajan: la cabeza y el sentimiento*⁹⁶. La inteligencia iluminada por la fe muestra claramente el camino de la vocación cristiana; pero el sentimiento se apega a cualquier excusa banal *tan pronto como —por cansancio físico o por pérdida de visión sobrenatural— tu pobre voluntad se debilita*⁹⁷. Aquí radica la causa de que esas dos piezas no encajen; y ahí está también el remedio para componerlas: rogar a Dios que forta-

95. *Ps.* CXIX (CXVIII), 100.

96. *Surco*, n. 166.

97. *Ibid.*

lezca la voluntad y renovar, indiscutida, la decisión primera que llevó a la entrega.

El corazón y los sentimientos pueden ayudarnos a ser generosos con Dios, pero no deben constituir el único ni el principal motor de nuestra fidelidad, porque eso sería sentimentalismo, una deformación del amor verdaderamente peligrosa. Bastantes personas conceden excesiva importancia a los estados de ánimo. Cuentan mucho con el corazón y menos con la cabeza. Si tienen ganas, si les apetece, se consideran capaces de todo, fiados en su entusiasmo; si no, se desinflan. Nosotros hemos de estar prevenidos contra esta insidia; debemos considerar que *el corazón solo no basta para seguir a Dios en la Obra (...). Lo primero que hay que poner es la cabeza, sin dejarse llevar del sentimiento*⁹⁸. Sólo así advertiremos, en los momentos de prueba, que la infidelidad nunca responde a un motivo razonable. Los "*motivos*" para volver la cara", no son razones; son, en todo caso, fruto de un *espíritu de raciocinio sin razón*¹⁰⁰, que se levanta dentro del alma, para que nos dejemos gobernar por los vaivenes del sentimiento.

98. De nuestro Padre, Tertulia, 2-X-1972.

99. *Surco*, n. 166.

100. De nuestro Padre, Meditación *El licor de la Sabiduría*, junio 1972.

32 Al encontrar a Jesús, su Madre le preguntó: **Hijo, ¿por qué nos has hecho esto?** Y Jesús respondió: **¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que debo ocuparme de las cosas de mi Padre?**¹⁰¹. Sus palabras no contienen ningún reproche; encierran una gran lección para nosotros: que es preciso —como os acabo de recordar— someter el corazón al cumplimiento de la Voluntad de Dios. Y la actitud de María y de José, nos manifiestan otra gran enseñanza: ellos **no comprendieron la respuesta**¹⁰², pero esto no les separó lo más mínimo de Jesús. No se sintieron heridos, ni pensaron que estaban de más en los planes divinos: fueron fieles porque sometieron la cabeza a los designios de Dios, aun sin comprenderlos. Volvieron a Nazaret con el Niño, y María **conservaba todas estas cosas en su corazón**¹⁰³: las meditaba y descubría en todo la Voluntad de Dios.

¡Qué gran ejemplo de fidelidad! En tu vida se presentarán, en ocasiones, exigencias de la entrega a Dios que no alcanzas a comprender, y te preguntarás el porqué. No actúes entonces como quien está dispuesto a obedecer sólo cuando entiende; no te rebeles si no comprendes la respuesta que recibas y, desde luego,

101. *Luc.* II, 48-49.

102. *Ibid.*, II, 50.

103. *Ibid.*, U, 51.

no pierdas la confianza en los Directores o en las Directoras, que ellos nunca la pierden en ti; no permitas que te domine la susceptibilidad. Sé fiel, y más adelante descubrirás la Providencia de Dios en aquello que te contrariaba. No conserves en el corazón resentimiento alguno, sino —como la Santísima Virgen— fomenta en tu alma el deseo humilde de admirar los designios de la Sabiduría divina y la disposición de secundarlos siempre, entendiendo o sin entender. Para alcanzar la verdadera fidelidad es preciso rendir el corazón y también la cabeza.

En Nazaret

- 33 Unos veinte años de vida oculta transcurren entre los misterios gozosos y los dolorosos. Componen esos cuatro lustros gran parte del paso de Jesús por nuestra tierra, que hemos de contemplar despacio, porque están llenos de luz y de lecciones para ser fieles a nuestro camino de santificación en medio del mundo. Cuántas veces nos recordaba nuestro Padre que el mundo es bueno, porque ha salido de las manos de Dios, pero que está manchado por el pecado. El ambiente que nos rodea —bien lo sabemos— representa con frecuencia un reclamo a **la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la so-**

berbia de la vida ¹⁰⁴. Por eso advertía nuestro Fundador: *tendréis muchas ocasiones en la vida de no ser fieles y de no ser leales, porque nosotros no somos plantas de invernadero. Estamos al frío y al calor, a la lluvia y a la nieve* ¹⁰⁵. Sin embargo, podemos y debemos responder con lealtad a Dios precisamente ahí, en medio de la calle, como Jesús en Nazaret, porque El mismo ha rogado por nosotros al Padre: **no te pido que los saques del mundo, sino que los preserves del mal** ¹⁰⁶. Pero no olvidéis nunca que guardamos el tesoro de la gracia y de la vocación **en vasos de barro** ¹⁰⁷, y que no existe más remedio que vigilar, que caminar atentos al Amor de Dios.

- 34 Somos del mundo, pero no queremos ser mundanos. Cuando una persona no se esfuerza para discernir entre una cosa y la otra, se expone locamente a perder el tesoro. Si va donde todos van, mira lo que todos miran, compra porque todos compren...; si la regla de su conducta es comportarse como los demás se comportan, sin preguntarse ante todo si aquello agrada a

104. *Iloann.* II, 16.

105. De nuestro Padre, Tertulia, 6-1-1971.

106. *Iloann.* XVII, 15.

107. II Cor. IV, 7.

Dios o no, entonces es un superficial y, si no cambia, se lo llevará cualquier viento.

Ya nos lo advierte San Pedro: **sed sobrios y vigilad, porque vuestro adversario, el diablo, ronda como león rugiente buscando a quien devorar. Resistidle firmes en la fe** ¹⁰⁸. Ninguna dificultad del ambiente alcanza tal magnitud que no la podamos vencer, con la gracia de Dios. Revivid aquello que narra la Sagrada Escritura: el profeta Daniel fue arrojado **en el foso de los leones** ¹⁰⁹, y el rey le dijo: **tu Dios, a quien sirves con tanta perseverancia, podrá salvarte** ¹¹⁰. Y así fue: un ángel del Señor cerró la boca de los leones, para que no sufriera ningún mal. Del mismo modo, os repito con nuestro Padre que *no os asustéis, ni temáis ningún daño, aunque las circunstancias en que trabajéis sean tremendas, peores que las de Daniel en la fosa con aquellos animales voraces. Las manos de Dios son igualmente poderosas y, si fuera necesario, harían maravillas* ¹¹¹.

- 35 De aquellos largos años en Nazaret, el Evangelio nos dice que **Jesús crecía en sabiduría, en edad y**

108. *IPetr.* V, 8.

109. *Dan.* VI, 17.

110. *Ibid.*

111. *Amigos de Dios*, n. 105.

en gracia, delante de Dios y de los hombres ¹¹². Muchas veces habréis meditado en este crecimiento de Cristo; un crecimiento humano que se desarrolla sin prisas, con naturalidad, en la entraña de tres realidades básicas: su relación con Dios Padre, su vida en familia con María y José, y su trabajo.

Cristo vive en nosotros —**no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí** ¹¹³, afirma San Pablo— y debemos crecer en El: **en gracia** —en vida sobrenatural de hijos de Dios—, por nuestro afán de corresponder más plenamente en cada instante a la vocación; **en edad** —en madurez humana—, por el esfuerzo en practicar las virtudes; y **en sabiduría**, por el empeño en adquirir una seria formación en la doctrina de la fe y en el espíritu de la Obra.

Estos tres aspectos se hallan estrechamente unidos entre sí. Pensad, concretamente, en la importancia de la formación doctrinal-religiosa, que de modo tan abundante recibimos en el Opus Dei. La unidad de vida resultaría imposible para nosotros sin un conocimiento profundo —teológico— de nuestra fe, adecuado a la situación de cada uno. No podemos permitir que el corazón vaya por un lado y la cabeza por otro. Hijas e hijos míos: Dios se nos ha metido en el cora-

112. *Luc.* II, 51.

113. *Gato.* II, 20.

zón; enamórenonos de El *también con la cabeza*. Sólo de este modo tomará plena posesión de todo nuestro ser. Sólo así vuestra piedad se apoyará en un cimiento firmísimo, y en la labor apostólica podréis **responder a todo el que os pida razón de vuestra esperanza** ¹¹⁴, con seguridad y sin complejos, aunque siempre **con suavidad y respeto** ¹¹⁵

- 36 El quicio de nuestra santidad —del verdadero *crecimiento*—, y por tanto de la fidelidad a la vocación, es el trabajo: no el éxito o el triunfo. Quiero prevenirnos ahora, especialmente a los que estáis en los primeros pasos de la actividad profesional, contra el error de tomar una cosa por la otra. El trabajo hemos de afrontarlo como medio para crecer en la identificación con Jesucristo; no como un fin. Por eso, la fidelidad no puede depender del éxito o del fracaso, sino que es preciso aprender a vivir la entrega a Dios en cualquier circunstancia, favorable o adversa.

En los primeros años de profesión, suelen aparecer situaciones nuevas, relaciones distintas de las que se habían mantenido hasta entonces, exigencias de la pobreza que antes no se habían presentado, y otros aspectos que constituyen una ocasión irrepetible para

114. I Petr. III, 15.

115. *ibid.*, IV, 16.

dar mucha gloria a Dios, haciendo efectiva la entrega a su Amor. En esta época, la fidelidad se manifiesta particularmente en el empeño por integrar todas esas situaciones nuevas en la unidad de vida, de modo que ninguna quede fuera del horizonte de la vocación. Que no os invada el deseo de afirmación personal, el afán de demostrar el propio valor a los demás y a uno mismo, y otras tentaciones semejantes. Rectificad constantemente la intención, contrarrestando con espíritu deportivo la vana pretensión del éxito a cualquier precio, mientras procuráis que nadie os gane en intensidad y competencia en vuestra labor. Meditad con frecuencia el trabajo redentor de Jesús en su vida oculta, y descubriréis que también el vuestro es, *en sí mismo*, una gran tarea apostólica, si ponéis empeño en santificarlo.

- 37 **...Y vino a Nazaret, y les estaba sujeto** ¹¹⁶: Cristo es infinitamente superior a María y a José, y sin embargo les obedece y aprende de ellos. Estas palabras del Evangelio me llevan a rogar a las hijas e hijos míos que desempeñan encargos de dirección y de formación en la Obra, que nunca dejen incumplida su misión por el pensamiento de que no son mejores que sus hermanos. Ciertamente, podéis y debéis ayudarles con el ejemplo,

116. Luc. 11,51.

pero no sois el modelo —es Cristo—, ni el modelador, que es el Espíritu Santo. Vosotros sois instrumentos, y Dios os necesita, como quiso necesitar a María y a José para que Jesús creciera en el calor del hogar de Nazaret. Aunque os veáis con limitaciones y miserias, si deseáis sinceramente entregaros y gastaros cotidianamente por vuestras hermanas o por vuestros hermanos, jamás seréis **ciegos que guían a otros ciegos** ¹¹⁷.

Al ocuparos de esta tarea, comprended, exigid y confiad en cada uno o en cada una; rogad al Señor que os dé un corazón grande para amar a todos, particularmente a los enfermos —si los hay—, que nunca son un peso, sino el tesoro de la Obra. Habéis de ir a fondo en la dirección espiritual, llegar hasta las disposiciones últimas, a la formación del carácter y, sobre todo, a la vida de oración, sin quedaros en recetas superficiales. Nuestro Padre, refiriéndose a la labor de San Rafael, advertía: *si no hacéis de los chicos hombres de oración, habéis perdido el tiempo* ¹¹⁸. ¡Cuánto más, en el caso de vuestras hermanas y de vuestros hermanos! Aunque seáis más jóvenes, aunque contéis con menos experiencia, aunque os parezca —y en muchas ocasiones será verdad— que vuestra vida interior alcanza una cota menor que la de los demás, *debéis ense-*

117. *Matth.* XV, 14.

118. De nuestro Padre, *Instrucción*, 9-1-1935, n. 133.

ñar a hacer oración —¡las medias horas de oración!— para que sean realmente un encuentro y un diálogo personal con Dios, y fuente de una contemplación que ha de ir creciendo día a día. De este modo, *llega un momento, en el que nos es imposible distinguir dónde acaba la oración y dónde comienza el trabajo, porque nuestro trabajo es también oración, contemplación, vida mística verdadera de unión con Dios —sin rarezas—: endiosamiento* ¹¹⁹.

Creer en Cristo y con Cristo: así se resume lo que realmente vale la pena. El crecimiento en unidad de vida se logra conjugando armoniosamente —¡aunque a veces cueste!— el trabajo con las exigencias de la formación y de la vida en familia, y, ante todo, con la piedad: con el cumplimiento amoroso de las Normas. Entonces el Señor crecerá en vosotros, y vosotros en El, en edad, en sabiduría y en gracia ante Dios y ante los hombres.

Velad y orad

38 En Getsemaní, del corazón y de los labios del Señor sale una impresionante confidencia a los Após-

119. De nuestro Padre, *Carta*, 6-V-1945, n. 25.

toles: **mi alma está triste hasta la muerte**¹²⁰. ¿Qué tristeza es ésta de Jesús? Una tristeza que nace del amor a Dios, del dolor por los pecados de los hombres, y de la natural repugnancia de su naturaleza humana ante el sufrimiento y la muerte. Una tristeza de inmenso valor redentor, porque su voluntad humana está decidida a identificarse con la Voluntad divina por encima de todo. Nada tiene que ver con la tristeza que procede del amor propio: la diferencia entre una y otra, que es radical, se manifiesta también en el modo de soportarla. Nuestro Padre se refería a la primera —la de Jesús— cuando en una ocasión, después de renovar su determinación de llevar la Cruz, se preguntaba: *Pero, ¿y si la Cruz fuera el tedio, la tristeza? Yo te digo, Señor, que, contigo, estaría alegremente triste*^m.

Cristo acepta plenamente el sufrimiento: **Abbá, Padre... No se haga mi voluntad sino la tuya**¹²¹. Nunca podremos entender del todo por qué Dios quiso salvarnos precisamente a través de la Pasión y Muerte de su Hijo, pero sí llegamos a entender que no fue el dolor, en cuanto tal, lo que constituyó una reparación por nuestros pecados, sino el amor y la obediencia de

120. *Matth.* XXVI, 38.

121. De nuestro Padre, 26-X-1931, en *Apuntes íntimos*, n. 351.

122. *Matth.* XXII, 42.

Jesús, que mostraron su grandeza en la aceptación del sufrimiento **hasta la muerte y muerte de cruz**¹²³. También nosotros, hijos, demostramos y demostraremos la calidad de nuestro amor, con la piedra de toque del dolor. Y, en ese dolor —con Cristo y en Cristo—, encontraremos una felicidad que el mundo no puede dar.

39 Velad y orad para que no caigáis en la tentación¹²⁴: para ser fieles siempre, y especialmente ante el sufrimiento físico o moral, es necesaria la oración, la piedad, el trato personal con Dios. *Perseveraréis, si sois piadosos*, aseguraba nuestro Padre. *La vida interior, la piedad, es necesaria para la perseverancia*^m.

En la Obra ha quedado bien claro el camino: cumplir las Normas. Dios fue guiando a nuestro Fundador hasta dejar tallados esos jalones que, a lo largo del día y de la semana, de los meses y los años, nos conducen a enamorarnos más y más del Señor. Era tan grande esta certeza en nuestro Padre, que no dudaba en afirmar: *el que cumple nuestras Normas de vida —el que lucha por cumplirlas—, lo*

123. *Philip.* II, 8.

124. *Marc.* XIV, 38.

125. De nuestro Padre, n. 270.

*mismo en tiempo de salud que en tiempo de enfermedad, en la juventud y en la vejez, cuando hay sol y cuando hay tormenta, cuando no le cuesta observarlas y cuando le cuesta, ese hijo mío está predestinado, si persevera hasta el fin: estoy seguro de su santidad*¹²⁶.

Renovemos, pues, a diario la propia lucha —que comienza por pedir humildemente ayuda al Cielo— para que las Normas, y especialmente los ratos de oración, se concreten en un verdadero *encuentro con el Señor*, una conversación personal, sin anonimato, propia de hijos de Dios, impregnada del esfuerzo por *meternos* en la Vida de Jesucristo y de ir ganando constantemente en intimidad con El, *en el Pan y en la Palabra*.

- 40 Con la piedad, hijos, la fraternidad. En la agonía de Getsemaní, Jesús se deja confortar por un ángel, una criatura¹²⁷. Nos da ejemplo, para que no rechacemos el auxilio o el consejo de otras personas en los momentos difíciles; y también nos anima a confortar a los demás, como el ángel, velando y orando por su perseverancia. Cristo, «que nos enseñó la unidad, quiso que orásemos cada uno por todos, del mismo

126. De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1931, n. 59.

127. Cfr. *Luc.* XXII, 43.

modo que El incluyó a todos los hombres en sí mismo»¹²⁸.

Dos cartas se sostienen^m, observaba nuestro Padre. En la Obra nos apoyamos unos a otros con la oración y el sacrificio —más intensamente en el *día de guardia*—, con la comprensión por encima de las debilidades y de las diferencias de carácter. No permitáis, ante las flaquezas de los demás, que se endurezca ese corazón grande que os ha otorgado el Señor. No os canséis de perdonar y de amar. Aprended a querer queriendo, y así, *el que vaya a caer se sentirá sostenido* —y *urgido*— *con esa fortaleza fraterna, para serfiel a Dios*¹³⁰.

- 41 *Me siento fracasado* —nos confiaba nuestro Padre— *si, alguna vez, una persona que ha estado más o menos cerca de mí, vuelve la cara atrás y deja de poner la mano en el arado, como dice el Señor en el Evangelio. Me siento fracasado, y pido perdón a Dios, por la parte de culpa que haya tenido yo en ese fracaso*¹³¹. Porque nos queremos de veras, sobrenatural y humanamente, y esta-

128. San Cipriano, *De dominica oratione*, cap. VIII: PL 4, 541.

129. De nuestro Padre, IV-1937, en *Apuntes íntimos*, n. 1374.

130. *Forja*, n. 148.

131. De nuestro Padre, Tertulia, 7-V-1972.

mos unidos, notamos como un desgarrón en el alma si alguien no persevera en la vocación. Nos hace sufrir, pero no tambalear. El mismo Jesucristo experimentó la amargura de la traición de Judas, y ese dolor, ofrecido a Dios Padre, fue también medio para redimirnos. Sigamos nosotros su ejemplo y curemos la herida de la infidelidad con el bálsamo de nuestra entrega.

Judas era un Apóstol, había recibido esa vocación y Jesús no se equivocó al llamarle, pero aquel hombre prefirió la infidelidad. Traiciona al Señor con un beso ¹³²: él, que había recibido el beso de una llamada divina. ¡Qué trágica mentira cuando la infidelidad se pretende camuflar bajo apariencia de amor! Judas traicionó al Señor por dinero ¹³³, Demás abandonó a San Pablo por los placeres de esta vida ¹³⁴...: en el fondo, siempre es *el egoísmo, la soberbia, es el yo desorbitado el que impide la fidelidad* ¹³⁵. Para nosotros, la fidelidad a nuestra llamada significa fidelidad a la vocación cristiana: al Amor de Dios. Se entienden por eso las palabras fuertes de nuestro Padre: *si alguno de mis hijos se abandona y deja de guerrear, o vuelve la espalda, que sepa que nos hace trai-*

132. Cfr. *Luc.* XXII, 48.

133. Gfr. *Matth.* XXVI, 15.

134. Cfr. *II Tim.* IV, 9.

135. De nuestro Padre, *Crónica*, 1972, p. 240.

ción a todos: a Jesucristo, a la Iglesia, a sus hermanos en la Obra, a todas las almas ^m.

Detrás de las tentaciones contra la fidelidad, siempre se cela alguna de las concupiscencias, o las tres, que el diablo trata de aprovechar para que cambiemos la perla preciosa de la vocación por cualquier baratija. De ordinario, tras la resistencia a seguir al Señor al ritmo de nuestra entrega, no hay más que eso: concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida. Se ha puesto el corazón en los encantos de una vida mundana, y en lugar de servir, se ansia sólo triunfar; en lugar de darse, tener; en lugar de Amor, egoísmo; y al fin, en lugar de negarse a uno mismo, se niega a Dios. Entonces, donde había entusiasmo y alegría, aparecen el aburrimiento y la tristeza mala, porque se ha olvidado que **quienes son de Cristo Jesús han crucificado la carne con sus pasiones y concupiscencias** ¹³⁷.

Mortificación voluntaria

- 42 Jesús, que tiene poder para dar la vida y poder para tomarla de nuevo ¹³⁸, se somete voluntariamente

136. De nuestro Padre, *Meditación Tiempo de reparar*, febrero 1972.

137. *Galat.* V, 24.

138. Cfr. *Ioann.X*, 18.

a la flagelación: *suenan el golpear de las correas sobre su carne rota, sobre su carne sin mancha, que padece por tu carne pecadora (...). Al cabo, rendidos, desatan a Jesús. —Y el cuerpo de Cristo se rinde también al dolor y cae, como un gusano, tronchado y medio muerto. Tú y yo no podemos hablar. —No hacen falta palabras. —Míralo, míralo... despacio. Después... ¿serás capaz de tener miedo a la expiación?* ¹³⁹.

Abundan las personas que realizan notables sacrificios voluntarios sólo por motivos humanos, elevados o menos nobles. Con tal de mejorar la forma física, o la buena presencia, ayunan, se sujetan a una dieta, practican gimnasias extenuantes y no eluden incluso dolorosas operaciones quirúrgicas. Sin embargo, esos mismos y otros muchos no comprenden el sentido cristiano de la mortificación corporal. En el fondo, no es tanto el hecho de la mortificación lo que no entienden —ellos soportan cosas más duras—, sino la finalidad. Si se practica por la salud del cuerpo o por la vanidad, les parece lógico; pero si se practica por el progreso del alma y por amor a Dios y a los demás, les resulta absurdo, e incluso se escandalizan.

Los que compiten en el estadio —escribe San

139. *Santo Rosario*, U misterio doloroso.

Pablo— se abstienen de todo, y eso para alcanzar una corona corruptible; pero nosotros por una incorruptible. Yo, por tanto (...), castigo mi cuerpo y lo esclavizo, no sea que, habiendo predicado a los demás, yo mismo quede reprobado ¹⁴⁰. La mortificación voluntaria, hijas e hijos míos, es indispensable para someter el cuerpo al alma, y por esto es una exigencia de la entrega a Dios. Si le decimos al Señor: aquí me tienes para cumplir tu Voluntad, y luego no nos esforzáramos para dominar las pasiones que nos arrastran en otra dirección, ¿cómo sería efectiva la entrega?

- 43 Pero, además, Jesucristo nos ha enseñado, con el ejemplo y con la palabra, el valor más alto de la mortificación corporal voluntariamente buscada. **El se ofreció a sí mismo** ¹⁴¹, como Sacerdote de su propia vida, y **padeció por nosotros, dándonos ejemplo, para que sigamos sus huellas** ¹⁴². Hemos de imitarle no sólo en el dolor, sino en la voluntariedad con que quiso sufrirlo en su propio Cuerpo. Nosotros somos hijos de Dios, miembros de Cristo ¹⁴³. El quiso pade-

140. I Cor. IX, 25-27.

141. *Hebr.* IX, 14.

142. I Petr. 11, 21.

143. Cfr. I Cor. XII, 27.

cer en su carne para redimirnos, y quiere padecer también en la nuestra, si se lo permitimos. Por esto afirma el Apóstol: **completo en mi carne lo que falta a la Pasión de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia** ¹⁴⁴. ¡Admirad la riqueza de la *alma sacerdotal*!

¡Con qué generosidad se entregó nuestro Padre a la mortificación corporal! Ya os lo he comentado muy a menudo, y ahora copio aquí un ejemplo más, entre muchos, tomado de sus *Apuntes íntimos*. Durante unos días de retiro concretaba —además de otros aspectos— este plan de mortificaciones corporales: *A diario: uno. Viernes y martes: dos. Cada semana: tres noches. Cada semana: tres d. o cuatro* ¹⁴⁵; significa que a diario llevaría, durante toda la jornada, un cilicio; además, los martes y viernes, dos, por la mañana: después, durante la tarde, uno solo. *Tres noches* indica que tres veces a la semana dormiría en el suelo. Finalmente, *tres d. o cuatro*, significa tres o cuatro veces las disciplinas cada semana. Tu y yo hemos de tener este mismo espíritu. No se trata de practicar las mismas mortificaciones —que, además, nuestro Padre consultaba siempre a su confesor—, pero sí de mortificarnos con esa generosidad.

144. *Colos.* I, 24.

145. De nuestro Padre, año 1934, en *Apuntes íntimos*, n. 1795.

Os transcribo otra anotación que manifiesta, con buen humor, las peleas que libraba: *he dormido en el suelo estupendamente. Pero, ¡qué luchas, anoche!, queriéndome persuadir, ese otro que siempre va conmigo, de que, dada mi postración física, era conveniente que durmiera en la cama. —Cuento esto, porque es mi lucha diaria, en mil pequeños detalles semejantes. — Llegó a convencerme. Reaccioné, luego, y tomé disciplina y se echó el borrico en el santo suelo, sin miedo a... las reses bravas* ¹⁴⁶. Las *reses bravas* eran los insectos que infestaban la habitación.

Y, junto a la mortificación corporal y de los sentidos externos, cultivad con esmero la mortificación interior: de los sentidos internos, de la inteligencia y de la voluntad. Sujetad especialmente la imaginación y la memoria, no para anularlas —es imposible y sería inhumano—, sino para orientarlas al amor de Dios y de los demás por Dios. Cuando notéis que la imaginación se desata, pedid ayuda al Ángel Custodio para ponerla en el Señor, en su Santísima Humanidad, en nuestra Madre, y en la labor apostólica con aquel *soñad y os quedaréis cortos*. Esforzaos, con la ayuda de Dios que no os falta, en no *dar vueltas* a las

146. De nuestro Padre, 17-IX-1935, en *Apuntes íntimos*, n. 1812.

pequeneces personales, rectificad con prontitud cualquier asomo de susceptibilidad, *estad* en lo que hacéis, sin cargaros tontamente con la preocupación de lo que vendrá después. En una palabra, hijas e hijos míos, imploremos la gracia de vivir en Dios y para Dios, olvidándonos de nosotros mismos.

- 44 Por miedo al dolor, los Apóstoles abandonaron a Jesús, y Pedro le negó tres veces. Poco antes se manifestaba sinceramente decidido a entregar la vida por el Señor, pero no había contado con su flaqueza. Sin embargo, después de su traición, se arrepiente, llora por amor y encuentra el perdón. Esa infidelidad momentánea no será obstáculo para convertirse en la roca sobre la que Cristo edificará su Iglesia. La gracia de Dios y la contrición le transforman en apoyo firme, en hombre fiel.

El Señor **sabe de qué estamos hechos, se acuerda de que somos polvo** ¹⁴⁷, y nunca rechaza **un corazón contrito y humillado** ¹⁴⁸. Cuando alguien ha sufrido un traspies, no se puede quedar como aquella mujer enferma de que habla el Evangelio, que **estaba encorvada y no podía enderezarse en modo alguno** ¹⁴⁹. Yo

147. Ps. CIII (CU), 14.

148. Ps. LI (L), 19.

149. Luc. XIII, 11.

reo quiero tener hijos encorvados, porque no quieren enderezarse, comentaba nuestro Padre. Sé humilde. Reconoce tus yerros. Levanta la mirada al cielo. No te pongas a considerar las cosas sólo desde tu punto de vista personal, egoísta. Ten fe, ten esperanza, ten seguridad en el amor que Cristo tiene por ti (...). Da paz y alegría y seguridad y victoria saber que, si hago mal —una tontería y grande—, hablaré, lo contaré rápidamente, pediré ayuda, y todo se arreglará. Pondré en práctica los medios que me digan, y seguiré adelante, porque tengo vocación ¹⁵⁰.

- 45 En aquella hora amarga, ¿qué haría San Pedro? ¿Cómo alcanzaría el arrepentimiento? El Evangelio no nos lo dice, pero pienso en lo que repetía nuestro Padre: que a Jesús se vuelve siempre por María ¹⁵¹. Ella es el mejor camino para obtener una contrición que nos limpie y nos apriete al corazón de Cristo, más íntimamente de lo que estábamos antes de cada tropiezo. *Madre mía, Señora* —escribió nuestro Padre en sus *Apuntes íntimos*—, *Tú sabes bien lo que necesito. Antes que nada, dolor de Amor: ¿llo-*

150. De nuestro Padre, Meditación, 15-1-1959.

151. Cfr. *Camino*, n. 495.

rar?... O sin llorar: pero que me duela de veras, que limpiemos bien el alma del borrico de Jesús. Ut iumentum!... ¡Oh!, quiero servirle de trono para un triunfo mayor que el de Jerusalem..., porque no tendrá Judas, ni huerto de los Olivos, ni noche cerrada... ¡Haremos que arda el mundo, en las llamas del fuego que viniste a traer a la tierra!... Y la luz de tu verdad, Jesús nuestro, iluminará las inteligencias, en un día sin fin¹⁵². Hija mía, hijo mío, ese fuego y esa luz están ahora en tus manos, en todo tu ser. No permitas que el aburguesamiento los apaguen; reacciona enseguida, cuando te veas flojear, con una mortificación más generosa que vuelva a encender tu corazón con la llama del Señor, que prenderá también en tantas otras almas, gracias precisamente a tu fidelidad: a tu comenzar y recomenzar a ser fiel. ¡Vale la pena!

Sin gloria humana

- 46 Cubierto de llagas y coronado de espinas, Jesús es mostrado al pueblo. **Ecce homo:** ¡Ved aquí al hombre!¹⁵³. Muchos han escuchado su doctrina y han pre-

152. De nuestro Padre, 16-VII-1934, en *Apuntes íntimos*, n. 1741.

153. *Ioann.* XIX, 5.

senciado sus milagros, pero ahora se dejan engañar por los agitadores y piden la muerte de Jesús: **¡crucifícale!**¹⁵⁴. ¡Qué calumnias hubo de soportar el Señor! Llamaron embustero a quien era la Verdad¹⁵⁵; tacharon de comilón y bebedor a quien se hizo comida y bebida con su Cuerpo y su Sangre¹⁵⁶; propalaron que era amigo de publicanos y pecadores¹⁵⁷, y en esto tenían razón, pero no como ellos pensaban, porque Jesús nos abraza para limpiarnos del pecado; le acusaron de estar endemoniado¹⁵⁸, ellos que eran presa del demonio; insultaron en la Cruz a quien les estaba redimiendo¹⁵⁹; y aún después de su muerte, le llamaron impostor¹⁶⁰.

Todo lo intentaban retorcer, con una ceguera terrible que les impulsaba a lanzar calumnias que, para cualquier alma sencilla, eran claramente absurdas. Jesús había devuelto la vista a un ciego en día de sábad. **Entonces algunos de los fariseos decían: ese hombre no es de Dios, ya que no guarda el sábado**¹⁶¹. Llamaron, pues, al que había sido ciego y le dije-

154. *Matth.* XXVII, 20, 23.

155. Cfr. *Ioann.* XIV, 6.

156. Cfr. *Matth.* XI, 19; *Ioann.* VI, 55.

157. Cfr. *Matth.* IX, 11; XI, 19.

158. Cfr. *Ibid.* XII, 24; *Ioann.* X, 20.

159. Cfr. *Matth.* XXVII, 39-44.

160. Cfr. *Ibid.* XXVII, 63.

161. *Ioann.* IX, 16.

ron: da gloria a Dios; nosotros sabemos que ese hombre es un pecador¹⁶². El les contestó: sólo sé una cosa: que yo era ciego y ahora veo (...). Si ése no fuera de Dios no hubiera podido hacer nada¹⁶³.

- 47 No hay que extrañarse de la cerrazón de algunos, ni de la polvareda de críticas y calumnias que levantan. Las sufrió el Señor y todos los que se han propuesto identificarse con El, a lo largo de los siglos. La cosa viene de antiguo, como ya advertía San Pedro a los primeros cristianos: **carísimos, no os sorprendáis, como si fuera algo nuevo, del incendio que se ha producido entre vosotros para probaros, sino alegraos por cuanto participáis en los padecimientos de Cristo**¹⁶⁴. Jesús permitió que le ultrajaran públicamente. ¿Por qué nos vamos a extrañar si algunos se empeñan en hacer lo mismo con nuestro Padre y con la Obra? El Señor no desdeñó aparecer ante la gente sin gloria terrena, y del mismo modo *nuestra ambición más grande —la verdadera gloria de la Obra— es vivir sin gloria humana, para que sólo a Dios vaya la gloria*¹⁶⁵.

162. *Ibid.*, IX, 24.

163. *Ibid.*, IX, 25, 33.

164. *V. Petr.* IV, 12-13.

165. De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n. 81.

Dentro de pocas semanas, la Iglesia elevará a nuestro Fundador a los altares con la alegría de una multitud inmensa de personas de todo el mundo y de todas las condiciones. La Santa Sede ha examinado la vida, los escritos, todo lo que ha hecho y enseñado nuestro Padre, y ha declarado que vivió heroicamente todas las virtudes cristianas. Después, ha reconocido que Dios ha obrado un milagro por la intercesión de nuestro Padre; uno solo —porque no era necesario más— entre los primeros de que recibimos noticia después de su marcha al Cielo. Ahora, si unos pocos —aunque procuren provocar mucho ruido—, como aquellos que interrogaban al pobre ciego, afirman con aparente seguridad, como afirmaron nada menos que de Cristo: **ese hombre no es de Dios**, responderemos con paz: nuestro Padre decía de sí mismo, con humildad, que era *un pecador que ama locamente a Jesucristo*, y la Iglesia, al proponernos su ejemplo de santidad y el recurso a su intercesión, declara que está en el Cielo; vosotros estáis ciegos y llamáis pecado a la virtud, fanatismo a la fe, orgullo a la esperanza, y superstición a la caridad; nosotros escuchamos a la Iglesia, y poseemos además el testimonio de la experiencia personal, porque siguiendo los pasos de nuestro Fundador, tratamos de amar con locura a Dios y a las almas —también a vosotros—, aunque seamos pecadores.

48 ¿A qué nos ha de conducir la calumnia de esos desaprensivos? A un renovado empeño por identificarnos con Cristo. **Que vean vuestras buenas obras** ¹⁶⁶, nos insiste el Señor: que vean vuestro espíritu de servicio, vuestro trabajo, vuestra humildad, vuestra justicia y caridad con todos, que vean vuestra sonrisa. Este será un modo eficaz de darles a conocer la vida santa de nuestro Padre, pues el árbol se conoce por sus frutos, y **un árbol malo no puede dar frutos buenos** ¹⁶⁷.

Sin embargo, algunos se resisten a convencerse. Se aferran a su prejuicio y se obstinan en no salir de ahí, hagamos lo que hagamos, como aquellos niños de que habla el Evangelio: **os hemos cantado al son de la flauta y no habéis bailado; os hemos cantado lamentaciones y no habéis llorado** ¹⁶⁸. No hay que extrañarse si les irrita nuestro afán de vivir plenamente la vocación cristiana en medio del mundo. Si el espíritu de la Obra fuera sólo para los habitantes de una isla perdida en el océano, quizá nos dejarían en paz. Pero nos contemplan con sus ojos, en los mismos trabajos, en idénticas profesiones, en las mismas casas, en la vida social, y les inquieta que seamos felices sin vivir como ellos. Prefieren que la santidad se

166. *Matth.V*, 16.

167. *Ibid.*, VII, 19.

168. *Ibid.*, XI, 17.

presente como algo inasequible para el común de los cristianos. Les preocupa que este espíritu de santificación en el quehacer ordinario esté al alcance de la mano y, como no desean cambiar, aseguran: eso no es santidad. No aceptan —no les conviene— que se pueda ser humilde y tener iniciativa y un carácter decidido y fuerte; que se pueda ser pobre y al mismo tiempo disponer de bienes, o no rebelarse si se carece de ellos... En definitiva, pretenden que si alguien busca la santidad, se traslade a otro sitio, porque en medio de la calle sólo cabe vivir como ellos viven, aunque no sea edificante ni atractivo su comportamiento. Quizá por eso les molesta que la Iglesia eleve a los altares a quien ha predicado y practicado este espíritu de santidad en medio del mundo; dicen que les parece *problemático* y, efectivamente, para ellos representa un problema insoluble.

49 Hay otros que causan aún más pena: unos pocos que volvieron la cara atrás después de haber puesto la mano en el arado ¹⁶⁹, y han caído en la ceguera. También sucedió entre los primeros cristianos, como se advierte en las palabras de San Juan cuando habla de aquellos que **de los nuestros proceden, pero que no**

169. Cfr. *Luc*. IX, 62.

eran de los nuestros, porque si hubieran sido de los nuestros, habrían permanecido con nosotros ¹⁷⁰.

Hijas e hijos míos, ni a unos ni a otros les damos la espalda, porque les amamos sinceramente en Cristo; pero miramos hacia adelante, para ayudarles a que abran los ojos y el corazón cuando el Señor llame a sus puertas. *Ut videant!*, pedimos para ellos: que descubran la realidad maravillosa del amor que siembra Dios en todo el mundo por medio de la Obra y de nuestro Padre. Que se repita de nuevo lo que sucedió con muchos de aquellos que negaron a Jesús coronado de espinas: poco después —como narra el Evangelio—, ya en el Calvario, el mismo centurión que mandaba a los soldados **glorificó a Dios diciendo: verdaderamente este hombre era justo. Y toda la multitud que se había reunido ante este espectáculo, al contemplar lo ocurrido, regresaba golpeándose el pecho** ^m.

La cruz inesperada

- 50 Simón de Cirene, **que venía del campo** ¹⁷², encontró inesperadamente la Cruz: una casualidad sólo en apariencia, porque Dios le esperaba allí, para cam-

170. *Iloann. II*, 19.

171. *Luc. XXIII*, 47-48.

172. *Marc. XV*, 21.

biar su existencia. ¿Quién se atrevería a sostener que tuvo mala suerte? ¡Fue un inmenso regalo del Cielo! El Señor no le obligó a cargar con la Cruz, **le forzaron** ¹⁷³ los hombres; sin embargo, no por eso carecía de mérito su comportamiento: podía ayudar a Cristo como quien acepta un honor, o rebelarse como ante una desgracia. La libertad interior seguía siendo suya.

Si alguno quiere venir en pos de mí, niegúese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame ^m. La cruz que aparece sin haberla buscado es la más preciosa, porque nos ofrece la mejor ocasión de negarnos a nosotros mismos para corredimir con Cristo. Tú y yo, ¿cómo reaccionamos ante las exigencias inesperadas de la entrega a Dios? *Os quiero prevenir ahora* —son palabras de nuestro Padre— *contra una tentación que quizá sientan algunos hijos míos cuando llega el momento, que necesariamente tiene que venir, de notar que en el Opus Dei hay cruz* (...). *A esos hijos míos, que quizá entonces se encuentran como obligados a llevar la cruz (cfr. Matth. XXVII, 32), me gustaría decirles al oído: si scires donum Dei! (Ioann. IV, 10), ¡si conocieras el don de Dios!* ¹⁷⁵.

173. *Ibid.*

174. *Luc. IX*, 23.

175. De nuestro Padre, Tertulia, 25-VI-1972.

¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber?¹⁷⁶, había preguntado Jesús a Santiago y a Juan. Y ellos respondieron: **possumus**, ¡podemos! Manifiestan su determinación de seguirle, sin conocer aún todo lo que ese seguimiento traería consigo. Y el Señor acepta su entrega, como ha acogido la nuestra, y nos concede la gracia para que seamos fieles en el momento de la prueba. Cuando se presenta el dolor o la enfermedad, las contrariedades y fracasos; cuando la entrega a Dios exige renunciar a la propia voluntad en cosas pequeñas o grandes, es el momento de no esquivar la cruz, sino de abrazarla, con el firme convencimiento de que no prestamos un favor a Dios, sino que El nos lo otorga a nosotros.

- 51 Conmueve leer en la Sagrada Escritura los padecimientos que hubo de soportar San Pablo para cumplir su misión. El mismo relata algunos, cuando escribe a los Corintios; y lo anota *con santo orgullo*, porque ha descubierto el privilegio de sufrir por Cristo. **Dejadme que me gloríe también yo un poco...**¹⁷⁷: **tres veces fui azotado con varas, una vez fui apedreado, tres veces naufragué, un día y una noche pasé en los abismos del mar (...); en trabajos y en fatigas,**

176. *Matth.* XX, 22.

177. *II Cor.* XI, 16.

en vigiliás frecuentes, en hambre y sed, en ayunos muchas veces, en frío y desnudez¹⁷⁸. Y además —no podemos olvidarlo—, en medio de estas pruebas, las tentaciones interiores de todo género: **se me ha dado un aguijón de la carne, un ángel de Satanás, para que me abofetee, a fin de que no me enorgullezca**¹⁷⁹. Sin embargo, por encima de todo, y con una potencia infinitamente superior, contaba con la promesa de Cristo: **te basta mi gracia**¹⁸⁰. Y así, aunque ciertamente se encontraría fatigado, y quizá deshecho, podía exclamar rebosante de amor victorioso y esperanzado: **¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación o la angustia, la persecución o el hambre, la desnudez, el peligro o la espada? (...). Sobre todas estas cosas triunfamos por Aquel que nos amó. Pues estoy convencido de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados, ni lo presente ni lo futuro, ni las potestades, ni la altura ni la profundidad, ni criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios que está en Cristo Jesús Señor nuestro**¹⁸¹.

Sí, hijas e hijos míos, no existe contradicción capaz de separarnos del amor de Cristo, si sabemos

178. *Ibid.*, XI, 24-27.

179. *II Cor.* Xn, 9.

180. *Ibid.*

181. *Rom.* VIII, 35-39.

ver la Cruz y la abrazamos. Cabe estar cansados por el trabajo, o por el esfuerzo que exige la lucha interior y la labor apostólica, o por mil problemas, y al mismo tiempo —y en eso mismo— repletos del **gaudium cum pace** en el fondo del alma, aunque hayamos perdido el entusiasmo humano y la alegría *fisiológica, de animal sano* ¹⁸². *Ser fieles no significa que las cosas no cuesten*, nos advierte nuestro Padre. *Con esto no penséis que el camino es difícil; estoy convencido de que es más llevadero que el de cualquier otra persona, siempre que vivamos ese compromiso de Amor y queramos estar atados por Amor. La fidelidad es felicidad, incluso padeciendo* ^m.

- 52 Dios bendice con la Cruz. Las dificultades y las pruebas no deben alejarnos nunca de Cristo, porque son medio para corredimir con El. ¡Qué bien lo entendió nuestro Padre! **In laetitia, milla** dies sine cruce, escribía muy frecuentemente en la epacta. ¡Y cómo lo tenía experimentado! Ningún día sin cruz: hasta en las fiestas recibía —como buen Cirineo— esa bendición de Dios; y así, en el momento de renovar el Sacrificio del Calvario, podía afirmar convencido: *"Nuestra" Misa, Jesús* ^m.

182. *Camino*, n. 659.

183. De nuestro Padre, 27-VII-1968.

184. *Camino*, n. 533.

Os transcribo ahora, para que la meditéis despacio, otra anotación de sus *Catalinas*, del 24 de noviembre de 1932, que refleja la entereza de su comportamiento ante las durísimas dificultades que afrontó desde los comienzos de la Obra, y a lo largo de sus años en la tierra: *hay momentos en que —privado de aquella unión con Dios, que me daba continua oración, aun durmiendo— parece que forcejeo con la Voluntad de Dios. Es flaqueza, Señor y Padre mío, bien lo sabes: amo la Cruz, la falta de tantas cosas que todo el mundo juzga necesarias, los obstáculos para emprender la Obra, mi pequeñez misma y mi miseria espiritual. Todo esto se lo ofrece al Señor con querer eficaz; y después continúa: humanamente visto, no es poco: con luces sobrenaturales, es nada. Nada, ante la maravilla que supone este hecho: un instrumento pobrísimo y pecador, planeando, con tu inspiración, la conquista del mundo entero para su Dios, desde el maravilloso observatorio de un cuarto interior de una casa modesta, donde toda incomodidad material tiene su asiento. Fiat, adimpleatur. Amo tu Voluntad. Amo la santa pobreza, gran señora mía. Y abomino, para siempre, de todo lo que suponga, ni de lejos, falta de adhesión a tu justísima, amabilísima y*

paternal Voluntad, seguro —soy tu hijo— de que la Obra surgirá pronto y conforme a tus inspiraciones. Amen. Amen ¹⁸⁵.

- 53 ¡No queramos huir de la Cruz, cediendo a la tentación de una vida cómoda! A lo largo del camino —del vuestro y del mío— solamente veo una dificultad, que tiene diversas manifestaciones, contra la cual hemos de luchar constantemente (...). Esa dificultad es el peligro del aburguesamiento, en la vida profesional o en la vida espiritual ¹⁸⁶. Pienso ahora en los que lleváis un buen número de años en la Obra. Ya habéis experimentado ampliamente lo que significa negarse y cargar con la Cruz, pero es preciso —ya sé que no os ocurrirá, con la ayuda del Señor— que no os canséis de entregaros. Dios nos atrae más fuertemente a Sí cuanto más nos acercamos a El ¹⁸⁷, y por eso la fidelidad debe crecer constantemente, como el amor. No cabe jubilarse de la entrega a Dios, porque en la vida espiritual no se puede vivir de rentas ^m. No cabe una fidelidad disecada o en conserva. Si abrazáis la cruz, vuestra

185. De nuestro Padre, 24-XI-1932, en *Apuntes íntimos*, n. 877.

186. De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XII-1941, n. 84.

187. Cfr. Santo Tomás, *In Ep. adHebr.*, cap. X, lect. 2.

188. De nuestro Padre, *Carta*, 8-VIII-1956, n. 40.

perseverancia conservará siempre el calor y el sabor de lo que está vivo, unido a la raíz y a la planta, como los sarmientos a la vid: unido a Cristo ¹⁸⁹.

Ayudemos a Jesús a llevar la Santa Cruz, como el Cirineo; mucho más aún: como su Santísima Madre. En la oscura soledad de la Pasión, Nuestra Señora ofrece a su Hijo un bálsamo de ternura, de unión, de fidelidad; un sí a la voluntad divina. De la mano de María, tú y yo queremos también consolar a Jesús, aceptando siempre y en todo la Voluntad de su Padre, de nuestro Padre ¹⁹⁰. Así tomarán cuerpo en nosotros las palabras del Señor: **quien cumpla la Voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano y mi hermana y mi madre ^m.**

La última batalla

- 54 **Consummatum est** ¹⁹², todo está consumado: el Calvario es la última batalla, y la Victoria definitiva. Es la fidelidad de Cristo a la Voluntad del Padre **usque ad mortem** ¹⁹³. Con su muerte nos ha ganado la

189. Cfr. *Ioann.* XV, 1 ss.

190. *Via Crucis*, IV estación.

191. *Matth.* XII, 50.

192. *Ibid.*, XIX, 30.

193. *Philip.* 11,8.

Vida, nos ha abierto las puertas del Cielo —**hoy mismo estarás conmigo en el paraíso**¹⁹⁴—, si recorremos también nosotros, fieles hasta el final, el camino de la vocación cristiana. Esto es lo que cuenta, pues **quien persevere hasta el fin, ése será salvo**¹⁹⁵.

En un edificio material, la última piedra es solamente un símbolo, pero no cuenta más que otras para la solidez de la casa. En la vida cristiana, supone mucho más, da carácter definitivo al valor de todo el resto. Cuando se construye un arco de piedra, se levantan poco a poco los bloques, uno encima de otro, sostenidos por la cimbra. Al final se coloca la *piedra clave*, la más alta, que hace presión sobre las demás, y permite quitar el apoyo: sólo entonces el arco se mantiene en pie. Algo semejante sucede en nuestra vida. La última piedra —la victoria en la *última batalla*, de la que tanto nos hablaba nuestro Padre— no es un adorno que corona el resto, sino la clave que da cohesión definitiva cuando, al terminar la existencia terrena, no quedan los resortes de aquí abajo. Si faltase esa última piedra, todo se derrumbaría, como el arco, en un montón informe de piedras.

55 Poned el mayor empeño por asegurar vuestra vocación y elección¹⁹⁶, escribe San Pedro. Ninguno

194. *Luc.* XXIII, 43.

195. *Matth.* X, 22.

196. *VLPetr.* I, 10.

tiene garantizada la perseverancia, pero esta realidad no debe entristecernos. Hemos de pensar que si Dios, que es Amor¹⁹⁷, lo ha dispuesto así, la incertidumbre de la perseverancia no es un mal sino un bien. Por este medio, el Señor nos impulsa a ser humildes y a luchar, confiados en su gracia y conscientes del valor de nuestra libertad. *La perseverancia se asegura procurando luchar. Es una cosa estupenda que no estemos ciertos*, comentaba nuestro Padre. *Si supiéramos que teníamos la perseverancia asegurada, seríamos unos soberbios*¹⁹⁸.

La fidelidad hasta el final es un don de Dios, y ¡cómo desea concedérselo! ¡Qué segura es nuestra esperanza! Recordad lo que glosa San Pablo cuando presiente ya el final de su paso por esta tierra: **bonum certamen certavi, cursum consummavi, fidem servavi** "": he combatido el buen combate, he concluido la carrera... he sido fiel. **Y ahora me está preparada la corona de justicia**²⁰⁰. Tú y yo debemos tener la misma esperanza cierta. Dios, un Padre que nos ama infinitamente, nos ha creado y nos ha llamado para hacernos partícipes de su gloria. Y nosotros, al res-

197. Cfr. *I Ioann.* IV, 8.

198. De nuestro Padre, Tertulia, 11-IV-1971.

199. n *Jim.* IV, 7.

200. *Ibid.*, IV, 8.

ponder afirmativamente, nos hemos puesto enteramente a su servicio, con el único afán de amarle. ¿Cómo no va a concedernos la perseverancia, si procuramos entregarnos de veras? *¿Qué pensaríais vosotros de una persona que os dijera: me tienes a tus órdenes? Le estaríais reconocidos. Pues esto es lo que hemos hecho nosotros con el Señor: ponernos a su servicio. Y Dios, hijos de mi alma, no se deja ganar en generosidad, y concede la fidelidad a quien se le rinde*²⁰¹.

- 56 Rendirnos al Señor, darnos completamente hoy: esto es lo que hemos de hacer para perseverar. En la Obra no caben medias tintas; caben flaquezas, miserias, errores..., pero siempre con la decisión firme y absoluta de luchar sinceramente para superarlas. Meditad las palabras fuertes de Jesús: **iba con él mucha gente, y volviéndose les dijo: si alguno viene a mí y no odia a su padre y a su madre y a la esposa y a los hijos y a los hermanos y a las hermanas, y hasta su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no toma su cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo. Porque, ¿quién de vosotros, al querer edificar una torre, no se sienta primero a calcular**

201. *De nuestro Padre*, n. 264.

los gastos a ver si tiene para acabarla?, no sea que, después de poner los cimientos y no poder acabar, todos los que lo vean empiecen a burlarse de él, diciendo: este hombre comenzó a edificar, y no pudo terminar²⁰². El Señor exige que no inventemos componendas. Nos manda querer a todos con un amor que no nos aparte de su Amor, porque si faltase esa decisión, empezaríamos a construir y no lograríamos terminar. Pero si diariamente le servimos con lealtad completa, *si ve que nosotros, dentro de nuestra debilidad y de nuestra flaqueza, de nuestra naturaleza enferma, le mostramos amor, El nos dará mucha gracia para que sigamos mostrándole amor*²⁰³.

*Este es nuestro destino en la tierra: luchar, por amor, hasta el último instante*²⁰⁴. El Señor nos renueva esa petición desde la Cruz, y nos muestra el camino que torna amable la lucha y nos proporciona la seguridad en la victoria: **ecce Mater tua**²⁰⁵, ahí tienes a tu Madre. Comportémonos nosotros como San Juan, que **desde aquel momento la recibió en su casa**²⁰⁶, permanezcamos siempre con la Santísima

202. *Luc.* XIV, 25-30.

203. *De nuestro Padre*, Tertulia, II-IV-1971.

204. *De nuestro Padre*, 31-XII-1971.

205. *joann.* XIX, 27.

206. *Ibid.*

Virgen, y así, al terminar nuestra vida, Ella nos tomará de su mano y nos llevará a la casa del Cielo, como a nuestro Padre.

Lealtad

- 57 Confusos y atemorizados, después de la desbandada, los Apóstoles se reúnen en el Cenáculo **con las puertas cerradas por miedo a los judíos** ²⁰⁷. Algunos no resisten la prueba y se marchan, como aquellos discípulos que regresaban, desanimados y tristes, a Emaús ²⁰⁸.

Enemigo de la perseverancia es el desaliento ²⁰⁹, prevenía nuestro Padre. ¿Y dónde radica el origen del desánimo? En la falta de fe, hijas e hijos míos. ¿Y cuándo logra ese desánimo romper la perseverancia? Cuando falla la lealtad. **No seas incrédulo, sino fiel** ²¹⁰, advierte el Señor a Santo Tomás. Y los discípulos de Emaús merecen un fuerte reproche: **¡oh necios y tardos de corazón para creer!** ²¹¹. Fijaos bien en las palabras de Cristo: además de incrédulos

207. *ibid.*, XX, 19.

208. Cfr. *Ioann.* XX, 24; *Luc.* XXIV, 13 ss.

209. De nuestro Padre, Meditación, 4-III-1960.

210. *Ioann.* XX, 27.

211. *Luc.* XXIV, 25.

les califica paternalmente de necios, por su falta de lealtad. Se entiende que nuestro Padre afirmara que, si *somos leales a la vocación, sobre todos nosotros reposará este espíritu de Sabiduría, que el Señor reparte a manos llenas entre quienes le buscan* ²¹².

Por contraste, mientras unos se dispersan y otros se esconden, María Magdalena acude presurosa al sepulcro muy de mañana para ungir el cuerpo de Jesús ²¹³. Su lealtad recibe como premio la dicha indescriptible de ver y escuchar a Jesús resucitado que la llama por su nombre, y le confía la misión de anunciar la Resurrección a los Apóstoles. Dios se apoya en esta mujer leal, para encender la fe de la Iglesia.

- 58 Hijas e hijos míos, en los momentos difíciles no podemos olvidar la elección, ni podemos ignorar que nuestra entrega a Dios ha quedado sellada por el compromiso que adquirimos libremente al incorporarnos al Opus Dei. Un compromiso *de amor*, porque ha nacido como consecuencia de la vocación, que es una muestra de Amor, un *beso de Dios*; y también porque, al responder a esa llamada, lo hemos hecho por amor.

212. De nuestro Padre, Meditación *El licor de la Sabiduría*, junio 1972.

213. Cfr. *Marc.* XVI, 1.

Muchas veces habrás meditado el punto 999 de *Camino*: *¿Que cuál es el secreto de la perseverancia? El Amor. —Enamórate, y no "le" dejes*²¹⁴. Y quizá habrás reparado en que la última frase también adquiere sentido si la leemos al revés: no "le" dejes, y te enamorarás; sé leal y acabarás loco de amor a Dios. Aquí se centra, hijas e hijos míos, el sentido más noble de la lealtad, virtud que nos lleva a mantener nuestro compromiso en la Obra *por encima de los obstáculos, por encima de las contrariedades, por encima de las circunstancias de enfermedad o de salud*²¹⁵.

*La lealtad es una de las más atrayentes virtudes humanas: un hombre leal, sincero, aunque a veces en su conducta tenga equivocaciones, es un hombre en el que se puede confiar. La Obra, que sabe pasar por encima de nuestros errores personales, necesita también de la lealtad vuestra*²¹⁶. Hay personas que no destacan por sus talentos ni por otras virtudes, pero que son leales: han dicho sí una vez y basta. Sobre esa lealtad se puede construir y, en nuestro caso, con la lealtad a

214. *Camino*, n. 999.

215. De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, nota 110.

216. De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XII-1941, n. 61.

la vocación a la Obra, se puede levantar un gran monumento de amor a Dios y a las almas —de fidelidad sobrenatural—, una vida fecunda, como la del borrico de noria, que transforma el campo sin flores en jardín, con su perseverancia en la tarea que le encomendó su amo.

59 Encima de la mesa del despacho del Padre, hay dos eslabones firmemente trabados que simbolizan el deber de transmitir, hecho vida de nuestra vida, el espíritu de la Obra. Nuestro Fundador ha sido el primer eslabón, y cada uno de nosotros somos también eslabones de esa cadena. Dios le entregó el espíritu del Opus Dei, y ahora lo ha puesto en nuestras manos y cuenta con nuestra lealtad para abrir un surco profundo en la tierra.

Hemos de sentir fuertemente esta responsabilidad, de modo personal, como la notaba nuestro Padre. Por esto, en los primeros años, solía preguntar a cada uno de los que se incorporaban por la Fidelidad: *tú, si el Señor dispusiera de mi vida antes que la Obra tenga las necesarias aprobaciones canónicas, que le den estabilidad, ¿seguirías trabajando por sacar la Obra adelante, aun a costa de tu hacienda, y de tu honor, y de tu actividad profesional, poniendo, en una palabra, toda tu vi-*

*da en el servicio de Dios en su Obra?*²¹⁷. Y añade nuestro Padre: *las contestaciones, recias, plenas de amor al Señor y ala Obra de Dios, me llenan de alegría y de reconocimiento para mi Jesús*²¹⁸.

- 60 El Señor ha querido concedernos ya la configuración jurídica definitiva, como Prelatura personal, que asegura y protege la identidad de nuestra vocación y de nuestro espíritu. Pero la pregunta de nuestro Padre conserva su actualidad y la conservará siempre, porque el espíritu de la Obra no se transmite sólo por escrito o con leyes: se transmite vivo, en la vida de nuestro Fundador y en la de cada uno de nosotros, sus hijos. Es misión nuestra, tuya y mía, que hemos de realizar por encima de todo, de la hacienda, del honor, de la actividad profesional..., porque todo lo hemos recibido en función de la llamada, para ponerlo al servicio de los grandiosos planes de Dios. Con esta lealtad, el espíritu de la Obra nos empapará y pasará a través de nuestros defectos, como discurre el agua limpia por las vueltas y revueltas del cauce de un río. ¡Qué alegría que Dios haya contado —y cuente— con nosotros para llevar a cabo sus designios de amor!

217. De nuestro Padre, 3-X-1935, en *Apuntes íntimos*, n. 1287.

218. *ibid.*

Así lo expresaba nuestro Padre, en 1932, en sus *Apuntes íntimos*: *considero la bondad de Jesús, la hermosura divina de su Obra, y pienso que es una gracia inestimable la vocación en semejante apostolado. Y veo más. Veo que, aunque El nos llamó, no nos necesita. Por eso (no sucederá: sé que me ha oído), si todos (...) fuéramos tan cobardes que, al ver los obstáculos, asustados, hiciéramos la villanía de abandonar el arado, volviendo la cabeza atrás..., la Obra saldría adelante, a pesar de nosotros mismos y del infierno, porque no es nuestra, ¡es de Dios!, y sabría Jesús promover otros hombres que supieran ponerla en práctica, con ese impulso, con esa entraña de Evangelio (unidad y universalidad), que es el carácter personalísimo de este ejército nuevo —nuevo y viejo— que hará reinar a Cristo, con efectivo reinado, en el universo entero*²¹⁹.

- 61 Al meditar el misterio insondable que late tras la anotación de nuestro Padre que os acabo de transcribir, pensad hijas e hijos míos que el Señor, en su infinita Bondad, ha querido contar con nosotros para

219. De nuestro Padre, 24-1-1932, en *Apuntes íntimos*, n. 580.

hacer el Opus Dei; y, además, que la Obra es de Dios y que *el cielo está empeñado en que se realice* ²²⁰. Su Voluntad se cumplirá, pero hemos de rezar para que nosotros sepamos secundar fielmente sus desig-nios. Como afirma un antiguo Padre de la Iglesia, cuando rogamos en el Padrenuestro **hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo**, no lo decimos «en el sentido de que Dios haga lo que quiera, sino de que nosotros seamos capaces de hacer lo que Dios quiere» ²²¹.

A mí me da alegría considerar que nuestro com-promiso de amor entraña un empeño mutuo y que, como el Señor es fiel y veraz ²²², siempre encontrare-mos en nuestro caminar como hombres y mujeres del Opus Dei el genuino espíritu que Dios entregó a nues-tro Fundador y los medios para encarnarlo. La Obra saldrá adelante tal como Dios lo ha dispuesto. *Basta* —afirmaba nuestro Padre— *que viváis bien nues-tras Normas, nuestros medios específicos de santidad, y lo demás lo pone el Señor. Si os pasa por la cabeza la posibilidad de una equi-vocación... Puede haber una equivocación por la soberbia de uno, en aquella persona concre-ta, pero, en la Obra, no. ¡Estad tranquilos!*

220. De nuestro Padre, *Instrucción*, 19-111-1934, n. 47.

221. San Cipriano, *De dominica oratione*, cap. XIV: PL 4, 545.

222. Cfr. *Apoc.* III, 14.

Tenemos la Providencia del Señor y la llamada que hacemos a las puertas del Cielo todos los días, todos, con nuestra oración constante ^{ra}.

- 62 Dios asiste a quienes El mismo ha confiado una misión superior a sus fuerzas humanas. San José pensó en abandonar secretamente a la Santísima Vir-gen, convencido de que así cumplía la Voluntad de Dios, pero el Señor no consintió que se equivocara de buena fe, y le envió un Ángel²²⁴; San Pedro, ya cabe-za visible de la Iglesia, se dejó arrastrar por algunos judíos conversos que evitaban el trato con los gentiles, pero el Señor se sirvió de San Pablo para corregirle de aquel error práctico ²²⁵. Confiemos, por tanto, en el Señor. La Obra es suya y no va a permitir que, si res-pondemos con buena voluntad, nos descaminemos. El espíritu del Opus Dei está *esculpido*, y por eso nuestro Fundador afirmaba: *no podéis equivocaros, a no ser que seáis unos malvados* ²²⁶. Y no lo somos, hijos míos, ni vosotros ni yo, aunque arrastremos miserias personales. ¡Deseamos mantenernos siempre plenamente fieles!, como también lo desearán, con la

223. De nuestro Padre, Tertulia, 13-VIII-1974.

224. *Cñ. Matth.* I, 19-21.

225. Cfr. *Galat.* II, 11 ss.

226. De nuestro Padre, Meditación *Los caminos de Dios*, 19-111-1975.

gracia de Dios, quienes gobiernen la Obra, a todos los niveles, a lo largo de los siglos, a pesar —insisto— de las personales flaquezas humanas.

Admitir una cierta inquietud por esa tentación, aun pasajera, supondría —humana y sobrenaturalmente— una posición poco razonable. Estad unidos a los Directores y a las Directoras, rezad mucho por ellos, y de modo especial por el Padre; recemos mucho, cada día, unos por otros. Hablad noblemente y sencillamente cuando algo os quite la paz, practicad la corrección fraterna cuando sea necesario, no deis nunca lugar a la crítica o a la murmuración, y rechazad enérgicamente todo lo que pueda causar el más mínimo daño a la unidad de la Obra.

Después de la Resurrección, **los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. De nuevo les dijo: la paz sea con vosotros**²²⁷. Como fruto de la lealtad brota siempre el *gaudium cum pace*, la alegría y la paz.

Fidelidad proselitista

- 63 El Señor había manifestado a los Apóstoles: **yo os he elegido, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca**²²⁸. Ahora,

227. *joann.* XX, 20-21.

228. *Ibid.*, XV, 16.

antes de subir a los Cielos, les confía la misión que ha sido el objeto de su llamada: **id y enseñad a todas las gentes**²²⁹.

Las palabras de Jesús iluminan también nuestra vocación. Nos enseñan que la fidelidad es necesariamente apostólica y proselitista. *Tenéis en vuestras manos* —escribió nuestro Padre— *el espíritu del Opus Dei: una riqueza divina, que habéis de amar, custodiar y transmitir. Si de verdad sois fieles, seréis proselitistas: el proselitismo es muestra clara de amor a la Obra, la mejor manera de conservar ese tesoro sobrenatural y de hacerlo fructificar en otras almas*²³⁰.

Nuestro proselitismo nada tiene que ver con la coacción, ni encierra otras connotaciones negativas con las que a veces algunos entienden esta palabra. Para nosotros significa apostolado porque, al procurar que otras personas descubran su llamada a la Obra, las acercamos al Señor y les invitamos a tomar plena conciencia de su vocación cristiana. En la Obra, todos procuramos tratar al mayor número posible de almas para aproximarlas más y más a Dios, sin desatender a nadie; pero nos percatamos de que **la mies es**

229. *Matth.* XXVIII, 19.

230. *De nuestro Padre*, n. 229.

muchacha ²³¹ y por eso buscamos primero apóstoles de apóstoles, y les dedicamos más tiempo y energías, imitando al Señor en su relación con los Doce.

Nos mueve a obrar de este modo el amor a Dios y a las almas. Nos mueve también la certeza de que el Espíritu Santo ha suscitado el Opus Dei en la Iglesia para atraer a Cristo un gran número de hombres y de mujeres. Además de la experiencia personal, innegable, de que el espíritu de la Obra nos conduce día a día a la intimidad con Dios, nos vemos confirmados ahora en esta certeza por la Beatificación de nuestro Padre, que debe representar —está sucediendo ya— una mejora personal, una profunda conversión en sus hijos, y un impulso formidable a la labor apostólica en todo el mundo. *En mi tierra* —comentaba nuestro Fundador— *se dice: amor con amor se paga. Correspondemos al amor divino, siendo fieles, muy fieles: y como consecuencia de esta fidelidad, llevando el amor que hemos recibido a otras personas, para que gocen de este encuentro con Dios. ¡Proselitismo! El que no es proselitista, no tiene para su vida más que dos explicaciones: o es un cobarde que no sabe defender y pregonar la verdad, o es que no ama y no es*

231. *Matth.* IX, 37.

feliz, a pesar de haber recibido la mejor delicadeza de Dios para su alma. En cualquier caso, ha de reaccionar ²³².

64 Quizá atravesemos momentos en los que el amor a Dios vaya acompañado de un entusiasmo sensible, de una fuerza interior que ayuda a superar los obstáculos, las dificultades del ambiente o la falta de medios. En otras circunstancias, nos falta ese entusiasmo y advertimos con más claridad la desproporción enorme entre la labor que tenemos por delante y los medios humanos de que disponemos. El Señor lo permite para que pongamos toda nuestra confianza en El.

¡Con qué insistencia nos lo enseña la Sagrada Escritura! En una ocasión, el pueblo de Israel iba a enfrentarse con los madianitas, y Gedeón guiaba un ejército de miles de soldados; entonces Dios le comunicó: **el pueblo que está contigo es excesivamente numeroso para que yo entregue a Madián en vuestras manos. Israel podría gloriarse contra mí, diciendo: es mi propia mano la que me ha librado** ²³³. Por amor hacia su pueblo, el Señor organiza los planes de aquel jefe de Israel de modo que experimente la

232. De nuestro Padre, Tertulia, 18-VIII-1968.

233. *Idc.* VII, 2.

carencia o la insuficiencia de los medios humanos. Manda a Gedeón que se quede sólo con un puñado de hombres, que vencen —con la asistencia clara de Dios— una batalla desigual.

También los miembros del Opus Dei somos y seremos siempre pocos para la inmensa tarea que Dios nos ha encomendado. Ciertamente, el Señor quiere que nos multipliquemos tanto como sea necesario para que el espíritu de la Obra se extienda a todos los rincones de la tierra. *Nuestra labor debe llegar hasta el último pueblo* —escribió nuestro Fundador—, *porque el afán de amor y de paz, que nos mueve, empapará de espíritu cristiano todas las actividades del mundo* ²³⁴. Y añade, concretando aún más: *no deberá haber ningún pueblo, donde no irradie nuestro espíritu algún Supernumerario. Y, según nuestro modo tradicional de hacer, ese hijo mío procurará enseguida pegar a otros su inquietud santa: y pronto habrá allí un grupo de hijos de Dios en su Obra, que se atenderá convenientemente —con los viajes y visitas que sean necesarios—, para que no se agoste, sino que se mantenga vibrante y activo* ²³⁵.

234. De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1959, n. 13.

235. *Ibid.*

No nos fijemos, pues, horizontes pequeños. Si con humildad secundamos los planes divinos, llegará a cumplirse en todas partes, antes de lo que podamos imaginar con cálculos humanos, lo que latía en el corazón de nuestro Padre en aquella bendición al dejar la tierra brasileña: *que os multipliquéis como las arenas de vuestras playas, como los árboles de vuestros bosques inmensos, como las flores de vuestros jardines, como los aromas que se perciben en el ambiente de este Brasil maravilloso, como los luceros que brillan en la noche...* ²³⁶.

65 Pero aun así, insisto, seremos siempre un pequeño fermento en la masa inmensa de la humanidad. Se repetirá la desproporción de aquella batalla de Gedeón que os acabo de recordar, y la falta de medios resultará evidente. Puede ocurrir que Dios, sin privarnos de su ayuda, permita que no experimentemos el contacto de su mano, y quizá entonces las dificultades objetivas se nos antojarán insuperables. Nunca, y menos aún en esas ocasiones, hemos de perder la visión sobrenatural, sino comprender que por ese camino el Señor fortalece en nosotros la fe, la esperanza y el amor.

236. De nuestro Padre, *Tertulia*, 2-VI-1974.

La entrega a Dios siempre lleva fruto, aunque no lo recojamos con nuestras manos. Pero ha de ser verdadera entrega. «No queráis a un mismo tiempo tener a Jesucristo en la boca y deseos mundanos en el corazón»²³⁷, adoctrina un antiguo Padre de la Iglesia. Si vuestro corazón está sinceramente lleno de Dios, ese amor será siempre fecundo. No ignoramos que hay lugares y ambientes tan fríos e indiferentes a Cristo en los que, después de años trabajando para elevar allí la temperatura espiritual, parece que resultan impermeables al amor de Dios, y reaccionan como aquellos que escucharon a San Pablo en Atenas: **unos decían: ¿qué querrá decir este charlatán? Y otros: parece un predicador de divinidades extranjeras**²³⁸. Cuesta abrir brecha, pero no permite Dios que el esfuerzo quede estéril. Fomentad la paciencia y perseverad en los medios propios de nuestra labor. Otros continuarán, apoyados en vuestra fidelidad; y ya ahora, muchos hermanos y hermanas vuestras recogen abundante cosecha en tantos lugares del mundo, con la lluvia de gracias que bajan del Cielo por vuestra silenciosa abnegación.

Primero, oración; después, expiación; en

237. San Ignacio de Antioquía, *Ep. ad Romanos*, cap. VII: PG 5, 694.

238. *Act.* XVII, 18.

tercer lugar, muy en "tercer lugar", acción²³⁹. No olvidéis que todo en nuestra vida es apostolado, porque todo podemos y debemos convertirlo en oración. El trabajo, unido a la Santa Misa, *es* apostolado; el empeño por santificar los deberes familiares *es* apostolado; la dedicación a los encargos de formación y de gobierno en la Obra *es* labor de almas; la tarea profesional de una madre de familia en su hogar, ofrecida a Dios, *es* una gran labor apostólica y proselitista; y el trabajo de la Administración de nuestros Centros *es* el *apostolado de los apostolados*. La oración y la mortificación llegan más lejos, a multitud de almas, y penetran más profundamente de lo que podamos imaginar. Con estos medios, antes que con la acción, cumplimos en su parte fundamental la misión que nos ha encomendado el Señor: **id y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo**²⁴⁰.

Pentecostés

66 Según la promesa del Señor, después de la Ascensión fue enviado el Espíritu Santo a fin

239. *Camino*, n. 82.

240. *Matth.* XXVIII, 19.

de santificar indefinidamente la Iglesia (*Conc. Vaticano II, Const. dogm. Lumen gentium, n. 4*). *A partir de ese momento, que vivieron los Apóstoles y los discípulos en torno a Nuestra Madre Santísima*, toda la Iglesia aparece como un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo *ibid.*²⁴¹. Hijos e hijos míos, todos deseamos ardientemente identificarnos más y más con Jesucristo, siendo verdaderamente Opus Dei, porque ésta es la Voluntad de Dios para ti y para mí. No importa nuestra debilidad y personal miseria, porque el Espíritu Santo, si se lo permitimos, obra incesantemente en nosotros; basta que pongamos, con perseverancia —¡con tozudez!—, el esfuerzo de abrir nuestras almas a esa acción santificadora del Paráclito. Pero Dios, lo sabemos bien, nos santifica a cada uno, no independientemente, sino formando ese pueblo de Dios, el Cuerpo místico de Cristo, que es la Iglesia Santa.

67 Así como no cabe acceso posible a Dios sino por Jesucristo, único Mediador²⁴², tampoco existe cristianismo sin Iglesia, y no hay Iglesia —no se es plenamente Iglesia— sin unión con el Romano Pontífice y

241. De nuestro Padre, *Carta*, 19-111-1967, n. 67.

242. Cfr. I *Tim.* II, 5.

con los demás Obispos en comunión con el Sucesor de Pedro. Basta considerar que toda la vida cristiana se apoya sobre el fundamento de la fe, y que —como nos recuerda nuestro Padre— *sólo en la Iglesia y por la Iglesia tenemos la seguridad de no errar en la fe, porque sólo la Iglesia tiene la promesa de esa asistencia especial del Espíritu Santo. Así lo entendieron los cristianos desde el comienzo*²⁴³. Y así lo entendemos y tratamos de practicarlo nosotros; y cooperamos a que otros muchos cristianos lo asimilen y lo vivan cada día mejor. Nuestro Padre nos ha dejado un ejemplo luminoso de amor fidelísimo a la Iglesia y al Papa; un amor que le llevó —ya os lo he comentado muchas veces— a sufrir intensísimamente, sobre todo en sus últimos años, ante la dura prueba por la que atravesaba, y sigue atravesando, la Iglesia. Con la fidelidad a nuestra vocación —que es, esencialmente, vocación cristiana y, por tanto, vocación *en la Iglesia*— cooperamos con todos los demás fieles a la edificación del Cuerpo de Cristo, a la extensión de su Reino —*Regnare Christum volumus!*—, a hacer realidad aquella honda aspiración de nuestro Padre: *omnes cum Petro ad Iesum per Mariam!*

243. De nuestro Padre, *Carta*, 19-111-1967, n. 20.

68 El espíritu de la Obra nos conduce a ser, de verdad, *católicos*, universales: sin exclusivismos ni, menos aún, fanatismos de ningún género. Como nuestro Fundador, reaccionamos con honda alegría ante cualquier labor que otros realicen en servicio de Dios y de la Iglesia. La Providencia ha dispuesto que junto a nuestro Padre, en la misma ceremonia, sea beatificada una religiosa de origen africano —Giuseppina Bakhita—; esta coincidencia, yo la considero como un símbolo del amor de nuestro Fundador y de todos en el Opus Dei por la unidad del apostolado que, por caminos vocacionales muy diversos, tiende a un único fin: la salvación de las almas para gloria de Dios. Hace ya casi medio siglo, nuestro Padre, refiriéndose a la oración sacerdotal de Cristo, **ut omnes unum sint!**, escribía: *así es la oración que Jesús hace a Dios Padre, por nosotros; y ésta es también la oración que, unidos a Jesucristo, rezan diariamente desde el comienzo de la Obra todos los hijos del Señor en su Opus Dei: pro unitate apostolatus, por la unidad que sólo da el Papa para toda la Iglesia, y el Obispo, en comunión con la Santa Sede, para su diócesis* ²⁴⁴.

244. De nuestro Padre, *Carta*, 31-V-1943, n. 31.

69 Rezad mucho, hijas e hijos míos, con cariño verdadero, por el Romano Pontífice y por todos los Pastores de la Iglesia. Especialmente, os pido ahora más oración y más mortificación por el Santo Padre Juan Pablo II, que ha sido —como Vicario de Cristo— instrumento con el que el Señor ha manifestado visiblemente, en estos años, su amorosa Providencia sobre el Opus Dei. Nuestro cariño al Papa es —ha de serlo siempre— *teológico*, pero también humano y lleno de agradecimiento. Con nuestro Fundador, decimos y queremos decir siempre con mayor intensidad y autenticidad: *gracias, Dios mío, por el amor al Papa que has puesto en mi corazón* ²⁴⁵. Este amor nuestro al *dolce Cristo in terra* no se queda en simple entusiasmo humano, sino que responde a una profunda realidad sobrenatural radicada en la fe. Por eso es, simultáneamente, raíz viva y exigencia de la universalidad de nuestro espíritu y de nuestro apostolado: *la única ambición, el único deseo del Opus Dei y de cada uno de sus hijos es servir a la Iglesia, como Ella quiere ser servida* ²⁴⁶. Este servicio, que la Iglesia pide de nosotros, hijas e hijos míos, se concreta y realiza en la fidelidad a nuestra vocación, recorriendo todos *los caminos divinos de la tierra*.

245. *Camino*, n. 573.

246. De nuestro Padre, *Carta*, 31-V-1943, n. 1.

Fieles a Dios, fieles a la Iglesia, fieles a la Obra; equivale para nosotros a una misma fidelidad, que hemos de acrisolar día a día con el fuego del Espíritu Santo.

Spes nostra

- 70 Assumpta est Maria in coelum: gaudent angeli! —*María ha sido llevada por Dios, en cuerpo y alma, a los cielos: ¡y los Angeles se alegran!*²⁴⁷ ¡Y cómo nos alegramos nosotros, hijas e hijos míos, al contemplar a nuestra Madre en la gloria! Un gozo que se funde con la más segura esperanza, porque María no se ha separado de ti y de mí. Unida inefablemente a su Hijo, nos acompaña, nos lleva de la mano en nuestro camino. Así, ni siquiera los tropiezos nos quitan la serenidad, porque Ella nos levanta como hijos pequeños que somos y queremos ser siempre.

No me cansaré de repetiros y de repetirme, mientras suena en mi alma la voz de nuestro Padre, que *son santos los que luchan hasta el final de su vida: los que siempre se saben levantar después de cada tropiezo, de cada caída*²⁴⁸. La fidelidad

247. Santo Rosario, IV misterio glorioso.

248. Forja, n. 186.

que Dios nos exige, y que nos vuelve felices, no consiste en la fidelidad del que nunca cae sino en la del que siempre se alza, con la mirada puesta en el Cielo, de acuerdo con la exhortación de San Pablo: **quae sursum sunt quaerite, ubi Christus est in dextera Dei sedens; quae sursum sunt sapite, non quae supra terram**²⁴⁹: buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios; gustad las cosas de arriba, no las de la tierra.

- 71 ¿Qué contemplamos dirigiendo la mirada al Cielo, hijos míos? La Humanidad Santísima de Cristo, Cuerpo y Alma, y la de su Santísima Madre, también cuerpo y alma, plenamente glorificadas, divinizadas, como primicia de lo que será nuestra gloria, cuando el mismo Cristo **transformará nuestro cuerpo de baja-za en cuerpo glorioso como el suyo**²⁵⁰. Pero no olvidéis que ya ahora la deificación de nuestra alma por la gracia se extiende de algún modo al cuerpo. *La fe nos dice que el hombre, en estado de gracia, está endiosado. Somos hombres y mujeres, no ángeles. Seres de carne y hueso, con corazón y con pasiones, con tristezas y con alegrías. Pero la divinización redunda en todo el hombre*

249. Colos. III, 1-2.

250. Philip. 111,21.

como un anticipo de la resurrección gloriosa²⁵¹. Y esa misma gracia divina nos hace capaces de santificar —de divinizar— todas las realidades nobles de este mundo, como un anticipo de los nuevos cielos y de la nueva tierra²⁵², cuando al final de los tiempos Dios lo será todo en todas las cosas²⁵³. ¿No os da alegría ver cumplido en la Santísima Virgen el ideal de nuestra vida? Ella es verdaderamente el primer *opus Dei*, como me decía en una ocasión el Santo Padre Juan Pablo II, y apoyo firme de nuestra esperanza.

- 72 Santa María, «asunta a los cielos, no ha dejado su misión salvadora, sino que con su múltiple intercesión continúa obteniendo los dones de la salvación eterna. Con su amor materno cuida de los hermanos de su Hijo, que todavía peregrinan y se hallan en peligro y ansiedad hasta que sean conducidos a la patria bienaventurada»²⁵⁴. Toda la bondad, todo el poder, toda la grandeza de nuestro Dios se nos ofrece constantemente a través de un corazón de Madre. «Su mediación está íntimamente unida a su maternidad y posee un carácter específicamente materno»²⁵⁵: de Ella nos vie-

251. *Es Cristo que pasa*, n. 103.

252. Cfr. II *Petr.* III, 13.

253. Cfr. I *Cor.* XV, 28.

254. Conc. Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 62.

255. Juan Pablo II, Litt. ene. *Redemptoris Mater*, 25-11-1987, n. 38.

nen todas las bendiciones del Cielo. Qué seguridad y qué alegría nos causa comprobar que *nuestro Opus Dei nació y se ha desarrollado bajo el manto de Nuestra Señora. Ha sido la Madre buena que nos ha consolado, que nos ha sonreído, que nos ha animado en los momentos difíciles de la lucha bendita para sacar adelante este ejército de apóstoles en el mundo*²⁵⁶. La Virgen Santísima se ocupa constantemente de nosotros —de cada uno, de cada una—, aunque en algunos casos, por nuestra flaqueza, nos olvidemos de Ella.

*Invoca a la Señora y serás fiel*²⁵⁷, recomendaba nuestro Padre. Encomiéndate a su protección. Ruega a la Virgen Inmaculada por la perseverancia de todos en el Opus Dei, con la conciencia de que nos hallamos dispersos por el mundo y a la vez fuertemente unidos por esa particular *Comunión de los Santos*²⁵⁸ que vivimos en la Obra. Reza por el que más lo necesite, repitiendo a diario la oración *saxum*, que llamamos así, *roca*, porque la Virgen es apoyo firme de la esperanza de nuestra fidelidad. **Acordaos, oh piadosísima Virgen María, que jamás se ha oído decir...** le pedimos sólo que se acuerde, y es suficien-

256. De nuestro Padre, Crónica VIII-64, pp. 9-10.

257. *Camino*, n. 514.

258. *Camino*, n. 545.

te, porque bien sabe nuestra Madre lo que necesitamos sus hijos.

Ella, Hija de Dios Padre, Madre de Dios Hijo y Esposa de Dios Espíritu Santo, nos obtendrá siempre la Misericordia del Padre y el Amor del Paráclito, para conducirnos a la definitiva identificación con Cristo en la gloria.

En la corona de la Virgen

- 73 **Una gran señal apareció en el cielo: una Mujer, revestida de sol, con la luna bajo sus pies, y sobre su cabeza una corona de doce estrellas**²⁵⁹. Es la Santísima Virgen, figura y Madre de la Iglesia, llena de gracia —revestida de sol— y coronada por la santidad de todos sus hijos, reunidos con Pedro y los demás Apóstoles en una diadema de doce estrellas. Ahí brilla también nuestro Padre, como un lucero de claridad esplendorosa, que Dios ha dispuesto para iluminar la senda de la identificación con Cristo en medio de todas las realidades nobles de la tierra.

Vosotros sois la luz del mundo (...). Brille así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre

259. *Apoc.XII,1.*

que está en los Cielos²⁶⁰. A nuestro Padre le gustaba comparar nuestra vocación de cristianos, que tratan de reflejar limpiamente la luz de Cristo, a esos luceros que, con su brillo, otorgan vida y gracia a la oscuridad del firmamento. *Cristo Jesús* —nos decía poco antes de su marcha al Cielo— *os ha llamado desde la eternidad. No sólo os ha señalado con el dedo, sino que os ha besado en la frente. Por eso, para mí, vuestra cabeza reluce como un lucero.*

*También tiene su historia lo del lucero... Son esas grandes estrellas que parpadean por la noche, allá arriba, en la altura, en el cielo azulado y oscuro, como grandes diamantes de una claridad fabulosa. Así es de clara vuestra vocación: la de cada uno y la mía*²⁶¹.

- 74 La *historia del lucero*, que estaba tan dentro del alma de nuestro Padre, arranca desde muy antiguo. Se consideraba muy poca cosa para realizar la inmensa tarea que el Señor le había encomendado, pero, a la vez, tenía una profunda conciencia de ser hijo de Dios e hijo de Santa María. Su oración se caracterizaba —así fue siempre— por una fe inmensa que se

260. *Matth.V, 14-16.*

261. De nuestro Padre, Meditación *Los caminos de Dios*, 19-01-1975.

atreve a tareas grandes porque confía, no en sus fuerzas ni en sus méritos, sino exclusivamente en el poder infinito de su Padre Dios.

Estas consideraciones quedaron plasmadas en sus *Apuntes íntimos*, el 28 de diciembre de 1931, con ocasión de una anécdota que le comentaron las monjas del Patronato de Santa Isabel. Era la fiesta de los Santos Inocentes, día en el que es frecuente en España gastar bromas. Las religiosas también se divertían de este modo y habían establecido que, durante ese día, la más joven hiciera de superiora y mandase sobre todas las demás. Nuestro Fundador llevó la anécdota a su vida espiritual de hijo pequeño de Dios, y escribió: *Niño: tú eres el último burro, digo el último gato de los amadores de Jesús. A ti te toca, por derecho propio, mandar en el Cielo. Suelta esa imaginación, deja que tu corazón se desate también... Yo quiero que Jesús me indulte... del todo. Que todas las ánimas benditas del purgatorio, purificadas en menos de un segundo, suban a gozar de nuestro Dios..., porque hoy hago yo sus veces. Quiero... reñir a unos Angeles Custodios que yo sé —de broma, ¿eh?, aunque también un poco de veras— y íes mando que obedezcan, así, que obedezcan al borrico de Jesús en cosas que son para toda*

la gloria de nuestro Rey-Cristo. Y después de mandar mucho, mucho, le diría a mi Madre Santa María: Señora, ni por juego quiero que dejes de ser la Dueña y Emperadora de todo lo creado. Entonces Ella me besaría en la frente, quedándome, por señal de tal merced, un gran lucero encima de los ojos. Y, con esta nueva luz, vería a todos los hijos de Dios que serán hasta el fin del mundo, peleando las peleas del Señor, siempre vencedores con El... y oiría una voz más que celestial, como rumor de muchas aguas y estampido de un gran trueno, suave, a pesar de su intensidad, como el sonar de muchas cítaras tocadas acordeamente por un número de músicos infinito, diciendo: ¡queremos que reine! ¡para Dios toda la gloria! ¡Todos, con Pedro, a Jesús por María!...²⁶².

- 75 Al leer estas palabras, ¿no sentís un deseo profundo de dar permanentemente gracias a Dios? Gracias por habernos dado a nuestro Padre, gracias por esa luz que ha encendido al confiarle el espíritu de la Obra, y que ahora brilla para siempre en la Iglesia y en el

262. De nuestro Padre, 28-XII-1931, en *Apuntes íntimos*, n. 517.

mundo, por su heroica correspondencia a la vocación. Una fidelidad que se apoyaba sólidamente en el amor a la Virgen.

Nuestro Fundador tenía una imagen de Santa María que llamaba la *Virgen de los besos*, porque *no salía o entraba nunca, en la primera Residencia que tuvimos, sin ir a la habitación del Director, donde estaba aquella imagen, para besarla*²⁶³. Era un gesto de amor, en señal de agradecimiento y también de petición de ayuda para ser fiel y sacar la Obra adelante. Era un saludo de hijo que iba a buscar en Nuestra Señora toda la ternura de su cariño. Toda la fortaleza que necesitaba, iba a buscarla en Dios a través de la Virgen²⁶⁴.

Hija mía, hijo mío: el Señor ha encendido también en ti la luz de la vocación a la Obra. *Quizá una mirada de su Madre le conmovió hasta el extremo de concederte, por la mano inmaculada de la Santísima Virgen, ese don grandioso*²⁶⁵. A través de Santa María, el Señor te ha concedido esta inmensa gracia que es, junto con la fe, la más

263. De nuestro Padre, Meditación, 11-X-1964.

264. *Ibid.*

265. De nuestro Padre, Meditación *Con la docilidad del barro*, 3-XI-1955.

*grande que el Señor ha podido conceder a una criatura*²⁶⁶; una llamada divina para brillar como un lucero, con una vida santa **escondida con Cristo en Dios**²⁶⁷; una luz que no podrán apagar en esta tierra ni el viento ni las lluvias, porque ha sido encendida para lucir siempre.

Agradece a la Santísima Trinidad y a nuestra Madre Santa María el don soberano de la vocación a la Obra, renueva el propósito de corresponder plenamente a la elección divina, para identificarte con Cristo e iluminar los caminos de esta tierra *con la luminaria de tu fe y de tu amor*²⁶⁸. Que, con la mirada fija en nuestra Madre, Reina de Cielos y tierra, Reina del Opus Dei, resuene en tus oídos la promesa del Señor: **sé fiel hasta la muerte y te daré la corona de vida**²⁶⁹.

* * *

76 **Dominus dabit benignitatem, et terra nostra dabit fructum suum**²⁷⁰: el Señor otorgará su favor,

266. De nuestro Padre, Meditación, 6-1-1956.

267. *Cotos*, 111,3.

268. *Camino*, n. 1.

269. *Apoc.* II, 10.

270. *Ps.* LXXXV (LXXXIV), 13.

y la tierra producirá sus frutos. Hijas e hijos míos: que la Beatificación de nuestro Fundador fructifique en nuestras almas, e imprima una profunda huella en cada una y en cada uno. Que la semilla de la vocación, regada por esta lluvia de gracias que el Señor nos envía, hunda más profundamente su raíz en nosotros, para que ninguna dificultad logre sofocar nuestra correspondencia, ni se la lleve el viento de la inconstancia; que germine en frutos de santidad y de apostolado hasta producir el ciento por uno ²⁷¹. Que el Señor nos pueda decir un día, como a los Apóstoles: **vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis pruebas. Por eso yo os preparo el Reino, como mi Padre me lo preparó a mí, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi Reino** ²⁷². Permanezcamos con Cristo, luchando por amor, que esa lucha por agradarle es la materia de nuestro compromiso, y El mismo nos concederá sin tregua la fuerza, la gracia necesaria para pelear y vencer.

77 No lo olvides nunca: *si quieres ser fiel, sé muy mariano* ²⁷³: buen hijo de la Virgen y de

271. Cfr. *Matth.* XIII, 23.

272. *Luc.* XII, 28-30.

273. *Via Crucis*, XIII, 4.

nuestro Fundador. Así seremos buenos hijos de Dios, *otros Cristos, el mismo Cristo*. Al imitar fielmente a nuestro Padre, al corresponder con lealtad al espíritu que Dios le confió, recorreremos el camino de imitar a Jesucristo, y lo señalamos con vigor a los que vengan detrás. Nuestro Fundador nunca se quedará en un simple recuerdo histórico; constituirá un ejemplo perenne y acudiremos a su auxilio como intercesor eficacísimo ante la Santísima Trinidad: es y será siempre *nuestro Padre*, af que procuramos parecemos y al que procuramos tratar, esforzándonos día a día por intensificar ese parecido espiritual. Sentid la responsabilidad —amabilísima responsabilidad— de transmitir este espíritu de filiación, que es el camino para enraizarnos con seguridad y firmeza en Cristo y en el Evangelio. ¡Qué gran tesoro nos ha concedido Dios en nuestro Padre, hijas e hijos míos!

Deseo fechar esta carta en la Solemnidad de San José, fiesta en la que renovamos nuestra fidelidad y nuestro afán apostólico. José, a quien miramos como el *hombre fiel*, permanece tan estrechamente unido a María, que nuestro Padre no quiso separarlos ni siquiera en su nombre. Ahora resonarán juntos cada vez que se invoque al Beato Josemaría. ¡Y qué alegría en el Cielo y en la tierra!

*Gaudium cum pace, emendationem vitae, spatium
verae poenitentiae, gratiam et consolationem Sancti
Spiritus atque in Opere Dei perseverantiam, tribuat
nobis Omnipotens et Misericors Dominus.*

Con todo cariño os bendice vuestro Padre

† *Alvaro*

Roma, 19 de marzo de 1992.